

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIAGO

EL SUPERBEBE

**Joseph
Berná**





SERVICIO SECRETO



**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.719 - El oro de Fort Knox.

En Colección **KANSAS:**
1.311 - Una hiena con revólver.

En Colección **COLORADO:**
841 - Un osado californiano.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**
647 - Encuentro en la ciudad muerta.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**
546 - A punta de látigo.

En Colección **PUNTO ROJO:**
1.098 - La hija del mafioso.

En Colección **CALIFORNIA:**
1.451 - Las dulces chicas de Wayne Rock.

JOSEPH BERNA

EL SUPERBEBE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.720

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

SBN 84-02 02513 7

Depósito legal: B. 23.068 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1983

2.ª edición en América: febrero, 1984

© Joseph Berna - 1983

Texto

© Desilo - 1983

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrès, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

El Boeing-727, procedente de San Francisco, tomó tierra en el aeropuerto Kennedy, de Nueva York.

Lo primero que hizo Glen Maxwell, uno de sus pasajeros, fue modificar la hora que marcaba su reloj, ajustándolo al horario que regía en la Costa Este.

La diferencia, con la Costa Oeste, era de tres horas, así que el cambio era importante. Y si uno no ajustaba su reloj, tenía muchos problemas.

Glenn Maxwell no tendría ninguno, porque iba a ceñirse al horario de Nueva York mientras permaneciese en la ciudad de los rascacielos, que serían varios días.

En Nueva York se iba a celebrar un importante congreso, al que asistirían los más prestigiosos científicos del mundo.

Glenn Maxwell era uno de ellos, a pesar de su juventud, ya que sólo tenía treinta y dos años.

Era un físico extraordinario.

Verdaderamente genial.

Por eso había sido invitado al congreso.

Un hombre tan inteligente como Glenn Maxwell no podía faltar.

El avión se había detenido ya en la pista de aterrizaje, así que Glenn se desabrochó el cinturón, se puso en pie, y tomó su maletín, echando a andar seguidamente hacia la salida.

Era un tipo alto, moreno, atlético, realmente apuesto, que además vestía impecablemente.

Una de las azafatas lo siguió con la mirada y lanzó un suspiro.

—¡Qué hombre...!

—Te gustaría acostarte con él, ¿eh? —dijo la azafata que estaba a su lado, mirando también al joven científico.

—Me encantaría. ¿A ti no...?

—Si me lo propusiera, aceptaría con los ojos cerrados.

—Y yo.

—El profesor Maxwell es uno de los hombres más atractivos y varoniles que he visto en mi vida. Fíjate, qué hombros, qué espalda, qué estatura... Las mujeres deben derretirse en sus brazos.

—Seguro. Yo me estoy derritiendo, sólo de pensarlo...

—Lo mismo me pasa a mí, chica.

Las dos azafatas se echaron a reír.

Entretanto, Glenn Maxwell había alcanzado la puerta.

Allí, junto al túnel de salida, había otra azafata, despidiendo a los pasajeros con la sonrisa en los labios.

—Le deseo una feliz estancia en Nueva York, profesor Maxwell —dijo la chica, sonriéndose de un modo especial.

—Gracias, muy amable —respondió Glenn, devolviéndole la sonrisa.

—Espero tener la suerte de volverle a ver, profesor Maxwell.

—Quizá nos veamos cuando vuele de regreso a San Francisco.

—Me sentiría muy feliz, se lo aseguro.

—Adiós.

—Adiós, profesor Maxwell.

Glenn avanzó por el túnel, seguido con la mirada por la guapa azafata, que suspiró lánguidamente y murmuró sin darse cuenta:

—Lo que daría yo por hacer el amor con un hombre así...

—¿No le sirvo yo, preciosa? —dijo alguien.

La azafata respingó y miró al pasajero que había hablado.

Era un tipo bajo, con la cabeza redonda y bastante desprovista de pelo.

—¿Decía usted...?

—Nada, olvídalo —rezongó el tipo, y cruzó también el túnel de salida, mirando con envidia al apuesto científico que le precedía.

Glenn fue en busca de su equipaje.

Sólo traía una maleta.

La recogió y salió del aeropuerto.

Pensaba tomar un taxi, pero dos hombres le abordaron.

Eran altos y corpulentos.

—¿El profesor Maxwell...? —preguntó el de la derecha.

—En efecto —asintió Glenn.

—Nuestro coche está a su disposición, profesor —dijo el tipo de la izquierda, señalando un Buick marrón.

Glenn observó el vehículo.

Había un tipo sentado al volante, tan fornido como los otros dos.

Glenn carraspeó ligeramente.

—Les agradezco el detalle, amigos, pero no sé quiénes son ustedes.

—Yo me llamo Yorkin —se presentó el sujeto de la derecha.

—Y yo, Ashton —dijo el otro—. El que conduce el coche, se llama Duke.

—Mucho gusto en conocerles, amigos, pero sus nombres no me aclaran nada —repuso Glenn.

—Estamos encargados de su protección, profesor Maxwell —dijo el llamado Yorkin.

—¿Protección...?

—Sí, pertenecemos al servicio de seguridad —explicó Ashton.

—Yo no necesito protección, caballeros.

—Eso nunca se sabe, profesor.

—Hasta ahora, no me ha hecho falta.

—Y nosotros celebramos que siga siendo así, profesor Maxwell —dijo Yorkin—. Pero, por si acaso, nos tendrá usted cerca mientras permanezca en Nueva York.

—Por favor, profesor Maxwell, acompáñenos —rogó Ashton, cogiéndolo del brazo.

—Está bien —asintió Glenn, y caminó hacia el Buick.

Yorkin abrió la puerta del lado izquierdo.

—Entre, profesor. Y deje la maleta. La pondremos en el maletero.

Glenn dejó la maleta en el suelo y se introdujo en el coche, con el maletín. Ashton se metió también en el vehículo, dejando a Yorkin la tarea de poner la maleta del científico en el maletero.

Yorkin lo hizo, con ligereza, y después subió al Buick por el lado derecho, sentándose junto al profesor Maxwell.

Glenn quedó flanqueado por Ashton y Yorkin.

—En marcha, Duke —indicó Ashton.

El tipo que estaba sentado al volante puso el motor en marcha y el coche arrancó, alejándose del aeropuerto.

Glenn carraspeó.

—Me llevan al hotel, supongo.

—No —respondió Ashton.

—¿No...?

—Nuestras instrucciones son otras, profesor.

—¿Adónde tienen que llevarme?

—Lo sabrá cuando lleguemos, profesor —habló Yorkin.

—¿No me lo pueden decir?

—No, no estamos autorizados.

—¿Por qué tanto misterio?

—Deje de hacer preguntas, profesor —rogó Ashton.

Glenn apretó los dientes.

—¿Saben que esto empieza a no gustarme?

—¿Por qué? —preguntó Yorkin.

—Tiene toda la pinta de un secuestro.

El tipo que manejaba el volante emitió una risita.

—Qué olfato, profesor —dijo.

Sus compañeros rieron también.

Glenn apretó de nuevo los dientes.

—Así que estoy en lo cierto, ¿eh?

Los tipos no respondieron.

—¿Por qué me han secuestrado? —preguntó Glenn—. ¿Qué esperan conseguir?

Los individuos siguieron callados, aunque los tres sonreían.

—Se han quedado mudos, ¿eh? —rezongó Glenn—. ¡Pues yo les haré hablar! —aseguró, y le estrelló el maletín en la cara a Yorkin.

CAPÍTULO II

Yorkin lanzó un grito de dolor.

Ashton se llevó rápidamente la mano a la axila y extrajo una pistola automática, provista de silenciador.

Era una Luger.

Glenn Maxwell le vio sacar el arma y disparó el codo izquierdo, incrustándoselo en el estómago.

Ashton dio un rugido, pero no soltó la Luger, por lo que el científico tuvo que propinarle un golpe en el antebrazo.

Esta vez, el tipo sí soltó la pistola.

El arma cayó entre los pies de Ashton y los de Glenn, y éste se apresuró a recogerla. Yorkin, que sangraba por la nariz, agarró por detrás al científico, con fuerza.

—¡Quieto, profesor! ¡No toque esa pistola!

Glenn ya la tenía en la mano, pero como el tipo le sujetaba los brazos, no podía hacer uso del arma.

Ashton, repuesto del codazo que recibiera en el estómago, trató de recuperar su Luger.

—¡Suelte la pistola, profesor!

—¡No!

—¡Obedezca o lo lamentara! ¡No queremos hacerle daño, pero si nos obliga, se lo haremos!

—¡Malditos!

Ashton consiguió arrebatarse la Luger y le apuntó a la cabeza con ella.

—Ya puedes soltarlo, Yorkin.

Éste dejó libre al científico y se llevó la mano a la nariz, que seguía chorreando sangre.

—Me ha pulverizado el tabique nasal, profesor —masculló.

—Lo siento, pero tenía que intentar algo —respondió Glenn.

—Pues no intente nada más, profesor Maxwell, o tendré que

apretar el gatillo —advirtió Ashton—. Y al jefe no le gustaría, porque lo quiere vivo y en perfecto estado físico.

—¿Quién es su jefe?

—Ya lo conocerá.

—Esto es un atropello.

—No, es sólo un secuestro. Y su vida no correrá ningún peligro, profesor Maxwell, se lo puedo garantizar. A menos, claro, que cometa usted alguna tontería. Como la que cometió hace un momento. Yorkin y Duke también van armados, así que de poco le hubiera servido a usted hacer uso de mi pistola. Yorkin o Duke le habrían liquidado. Glenn no replicó.

Yorkin opinó:

—Sera mejor que lo esposemos, Ashton.

—Opino lo mismo —dijo Duke, que no había desatendido la conducción del vehículo en ningún momento, a pesar de lo sucedido.

—De acuerdo, colócale las esposas —indicó Ashton.

Yorkin las extrajo del bolsillo de su chaqueta.

—Las manos a la espalda, profesor —ordenó.

Glenn se negó.

—No soy un delincuente. No permitiré que me esposen.

—No pensábamos hacerlo, pero las circunstancias lo aconsejan.

—Les doy mi palabra de que no intentaré nada más.

—Lo siento, profesor, pero no podemos confiar en usted —habló Ashton—. Ponle las esposas, Yorkin.

—¡He dicho que no! —gritó Glenn.

Ashton lo miró fríamente.

—Obedezca, profesor Maxwell, o el jefe tendrá que elegir otro científico, porque usted estará muerto y no le servirá.

Glenn emitió un gruñido.

—Esto es humillante —dijo, llevándose las manos a la espalda.

Yorkin le colocó las esposas.

Después, se hizo cargo del maletín del científico, aunque no lo abrió. Se limitó a colocarlo sobre sus rodillas.

Duke condujo el Buick hasta una solitaria explanada, bastante alejada de la ciudad. En ella, se hallaba posada una moderna avioneta, custodiada por un par de hombres, tan altos y tan corpulentos como los que habían secuestrado a Glenn Maxwell.

El Buick se aproximó a la avioneta y se detuvo a sólo unos metros de ella. Yorkin abrió la portezuela de su lado y se apeó, con el maletín del científico.

—Salga, profesor —indicó Ashton.

Glenn descendió del vehículo y Ashton le imitó, sin dejar de apuntarle con su Luger. También Duke salió del Buick.

Los tipos que custodiaban la avioneta descubrieron que Yorkin tenía la nariz hinchada, amoratada, y manchada de sangre.

—¿Problemas, muchachos...? —preguntó uno de ellos.

—No, sólo una pequeña escaramuza —respondió Ashton—. El profesor Maxwell trató de sorprendernos, pero lo reducimos enseguida.

—Me atizó con el maletín en toda la cara —explicó Yorkin, tocándose el lastimado apéndice nasal.

—Tu nariz parece una berenjena, Yorkin —habló el otro tipo, sonriendo.

—No estoy para bromas, Gurney.

—Perdona, chico.

—Bien, basta de charla —dijo Ashton—. Suba a la avioneta, profesor Maxwell —indicó, empujando al científico.

—¿Adónde vamos?

—No haga preguntas, profesor. Límitese a obedecer.

Glenn subió a la avioneta.

Yorkin abrió el maletero del Buick y extrajo la maleta del científico, subiendo con ella a la avioneta.

Duke, Gurney, y el otro individuo, que era quien debía pilotar la avioneta, subieron también al aparato.

Poco después, la avioneta despegab.

Glenn no pudo saber qué dirección tomaba, porque Ashton le había colocado una capucha y no podía ver nada, pero el hecho de que los tipos le hubiesen metido en una avioneta le permitía adivinar que lo iban a llevar lejos de Nueva York.

Glenn Maxwell notó que la avioneta aterrizaba.

Habría transcurrido una hora.

Tal vez hora y media.

¿O quizá más...?

Era difícil calcular el tiempo así, con la cabeza cubierta por un capuchón, sin ver nada y oír solamente el motor de la avioneta,

porque sus secuestradores no habían pronunciado palabra en todo el viaje.

La avioneta se detuvo y su motor dejó de rugir.

Glenn sintió que lo agarraban del brazo derecho.

—En pie, profesor Maxwell. Hemos llegado.

Era la voz de Ashton.

Glenn se levantó y preguntó:

—¿No me quitan la capucha?

—Todavía no. Cuando entremos en la casa.

—¿La casa de su jefe?

—Sí.

—Por favor, descúbrame la cabeza. Si no veo dónde pongo los pies, me caeré.

—No se preocupe, nosotros evitaremos que pierda el equilibrio. Cógelo del otro brazo, Yorkin.

Guiado por Ashton y Yorkin, Glenn descendió de la avioneta y caminó por un suelo que parecía cubierto de césped. La maldita capucha le impedía ver nada, así que tenía que orientarse haciendo uso de sus otros sentidos.

Caminaron bastantes metros, siempre sobre césped.

La avioneta, por lo visto, se había posado a una cierta distancia de la casa del hombre que había ordenado su secuestro.

Por fin, llegaron a ella.

Glenn lo supo porque subieron algunos escalones.

Ya dentro de la casa, Ashton le quitó la capucha.

—Lo prometido es deuda, profesor —dijo, con una sonrisa.

Glenn no respondió.

Se limitó a observar el amplio y lujoso vestíbulo.

—Camine, profesor —indicó Ashton, tirando de él.

Yorkin le había soltado el otro brazo, pero seguía flanqueándole y portando su maletín.

Tras ellos, iba Duke, cargado con la maleta del científico.

Gurney y el tipo que pilotaban la avioneta no habían entrado en la casa.

Glenn fue conducido al despacho del jefe.

Un despacho espacioso, realmente magnífico, como toda la casa.

Había tres personas en él.

Dos hombres y una mujer.

Uno de los hombres, estaba sentado al otro lado de la mesa y fumaba un enorme cigarro. Aparentaba unos cuarenta y cinco años de edad, era delgado, y tenía el cabello gris. Vestía con elegancia y sus facciones no resultaban desagradables.

Glenn dedujo que era el jefe.

El dueño de la casa.

El hombre que había planeado su secuestro.

El otro hombre permanecía de pie, junto a la mesa, y era un tipo extraordinariamente corpulento. Frisaba los treinta y cinco años de edad y tenía las facciones graníticas. Evidentemente, se trataba de un individuo peligroso.

Debía de ser el hombre de confianza del jefe.

Finalmente, Glenn se fijó en la mujer, que acababa de volverse hacia él. Y no pudo evitar un respingo, porque él la conocía.

Era Karin Geisler, una prestigiosa bióloga.

CAPÍTULO III

Karin Geisler tenía veinticinco años de edad, el cabello rubio y los ojos azules. Era alta, hermosa, y poseía un cuerpo magnífico. Vestía una falda blanca, abierta por delante, y una delgada blusa color salmón, que permitía vislumbrar el breve sujetador. Calzaba zapatos descubiertos, blancos y rojos, de fino tacón.

Estaba sentada en uno de los sillones que había frente a la mesa del jefe de los secuestradores. Había cruzado las piernas y la abertura de la falda le permitía exhibir una parte importante de sus tentadores muslos, largos, esbeltos, maravillosamente torneados.

Glenn Maxwell se quedó mirándola fijamente, con la sorpresa reflejada en su cara.

Era la primera vez que veía en persona a la doctora Geisler.

Hasta entonces, sólo la había visto en fotografía o en televisión, y no demasiadas veces, porque Karin Geisler era alemana y vivía en Múnich.

Era un caso similar al de Glenn Maxwell, ya que la juventud de la doctora Geisler no había impedido que alcanzara un prestigio mundial con sus investigaciones en el campo de la biología.

Se trataba de dos cerebros privilegiados.

Dos fenómenos de la ciencia.

Dos superdotados.

Por la expresión de la doctora Geisler, que denotaba claramente preocupación, nerviosismo y temor, Glenn adivinó que también ella había sido secuestrada.

No estaba en aquella casa por su voluntad.

La habían llevado a la fuerza, como a él.

Sin duda, Karin Geisler había sido invitada también al congreso de científicos que se iba a celebrar en Nueva York y había acudido, sin sospechar que a su llegada a la ciudad de los rascacielos iba a ser secuestrada.

El jefe de los secuestradores y su hombre de confianza observaron a Glenn Maxwell, sorprendiéndoles, al parecer, que el científico estuviera esposado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el jefe.

—El profesor Maxwell ofreció resistencia, señor Walker, y tuvimos que esposarle —explicó Ashton.

—¿Te puso él la nariz así, Yorkin? —preguntó el hombre de confianza de Terence Walker.

—Sí, me estrelló el maletín en la cara —respondió Yorkin.

—No debió hacerlo, profesor —dijo Walker, en tono suave.

—No me gusta que me secuestren —replicó Glenn.

—Sí, claro —sonrió el elegante cuarentón—. Quitadle las esposas, vamos —ordenó. Yorkin se apresuró a soltar al científico.

—Podéis retiraros —indicó Walker.

Ashton, Yorkin y Duke abandonaron el despacho, llevándose el maletín y la maleta de Glenn.

—Siéntese, profesor Maxwell —rogó Walker.

Glenn ocupó el otro sillón.

—Exijo una explicación, señor Walter. O como quiera que se llame en realidad.

—Es mi verdadero nombre, profesor, Terence Walker. Y él se llama Frankie Ross —miró al gigante de músculos poderosos—. Es mi brazo derecho, el hombre en quien más confío.

—Si dijera que me alegro de conocerles, mentiría.

—Es comprensible. Pero, cuando le hable de mi proyecto, quizá se alegre de que le hayamos secuestrado, profesor Maxwell.

—Lo dudo mucho, señor Walter. De todos modos, explíqueme su proyecto. Quizá así entienda por qué me han secuestrado.

—¿Conoce a la doctora Geisler, profesor? —preguntó Terence.

Glenn volvió a mirar a la hermosa bióloga.

—Naturalmente —respondió.

—¿Y usted, doctora Geisler? ¿Conocía al profesor Maxwell...?

—Personalmente, no —contestó la bella germana—. Pero había oído hablar mucho de él.

—Es un genio en el campo de la física.

—Lo sé.

—También usted lo es, doctora Geisler, en el campo de la biología —dijo Walter—. Estará usted de acuerdo, ¿verdad, profesor

Maxwell?

—Por supuesto —asintió Glenn, sin dejar de mirar a la hermosa Karin.

—¿No se alegran de conocerse personalmente...?

—Nos hubiéramos conocido igualmente en el congreso de científicos, y habría sido mucho más agradable —respondió Glenn—. ¿No cree, doctora Geisler?

—Desde luego, profesor Maxwell —asintió la bióloga.

Terence Walter desgranó una risita.

—El lugar es lo de menos —dijo—. El caso es que se han conocido, que los dos se encuentran bien, y que van a poder hablar largamente de sus experimentos, de su trabajo, de sus vidas... De todo lo que quieran, porque tiempo van a tener de sobra. Y como estarán juntos, día y noche...

—¿Cuánto tiempo piensa retenemos, señor Walker? —preguntó Glenn.

—Hasta que mi proyecto sea una realidad. Y por muy bien que salgan las cosas, habrán de transcurrir nueve meses, como mínimo.

—¡Nueve meses! —exclamó Karin Geisler, respingando en su sillón.

Glenn Maxwell también respingó.

—¿De verdad piensa tenemos secuestrados nueve meses...? —exclamó.

—Nueve, diez, once, un año entero... Depende de ustedes, profesor Maxwell. Cuanto antes terminen mi proyecto, antes podrán regresar a sus casas de San Francisco y Múnich, respectivamente.

—¿Pretende hacemos creer que nos soltará, después de un secuestro tan largo...?

—Se lo prometo, profesor Maxwell.

—¿No teme que le denunciemos a la policía?

—No podrán hacerlo.

—¿Por qué?

—Sencillamente, no recordaran nada de lo sucedido en esta casa.

—¿Debido a qué?

—Les inyectaremos una droga que borrará de sus cerebros todo lo acontecido desde el instante en que fueron secuestrados. No conseguirán recordar ni el más pequeño detalle, por mucho que se

esfuercen. Jamás recordarán lo que fue de sus vidas en este largo período de tiempo.

Glenn y Karin cambiaron una mirada.

La bióloga estaba ahora más nerviosa y asustada que antes.

Glenn, muy preocupado también, exigió:

—Háblenos de una maldita vez de su proyecto, señor Walter.

¿Qué es lo que quiere que hagamos para usted?

Terence sonrió extrañamente y respondió:

—Un niño.

Las expresiones de perplejidad de Glenn Maxwell y Karin Geisler resultaron tan cómicas, que Terence Walter empezó a reír, siendo rápidamente imitado por Frankie Ross.

El físico y la bióloga intercambiaron una mirada, descubriendo mutuamente sus gestos de estupefacción.

Glenn, que fue el primero en reaccionar, preguntó:

—¿Qué broma es ésta, señor Walker?

Terence sacudió la cabeza.

—No se trata de ninguna broma, profesor Maxwell.

—Entonces, es que no le entendimos bien.

—A juzgar por sus caras, yo diría que me entendieron perfectamente, profesor.

—Dijo que quiere que hagamos para usted un niño.

—¿Ve como sí me entendieron...?

—Lo siento, pero tendrá que explicarse mejor.

—¿Cree usted que los niños vienen de París, profesor?

—Ésa es una pregunta tonta.

—Y usted un hombre muy listo, así que ya debe haber adivinado que quiero que se acueste con la doctora Geisler y haga el amor con ella hasta que la deje encinta.

La bióloga enrojeció de golpe.

—¿Qué disparate está diciendo...? —exclamó, saltando del sillón.

Glenn se irguió también.

—No haga caso, doctora Geisler. Este hombre está loco.

—Estoy tan cuerdo como usted, profesor Maxwell —aseguró Terence Walter—. Y ahora, hagan el favor de sentarse de nuevo los dos.

Glenn y Karin siguieron de pie.

—Frankie... —dijo Walker.

Su hombre de confianza dio un paso hacia adelante.

—Obedezcan al señor Walter o tendré que sentarlos yo.

—Se los come crudos, ¿eh? —repuso Glenn, con ironía.

—Soy un tipo bastante duro, profesor.

—A mí no me asusta usted, Ross.

—No pretendo asustarle. Sólo quiero que obedezcan al señor Walter.

Karin intervino:

—Será mejor que nos sentemos, profesor Maxwell.

—Siéntese usted, doctora Geisler. Yo quiero ver cómo me sienta este comeniños.

—No le gustará, se lo advierto —dijo Walter—. Frankie es un tipo muy brusco.

—Ya estoy temblando —repuso Glenn, burlón.

Ross dio otro paso hacia él.

La doctora Geisler, temiendo que el musculoso Frankie lastimara al profesor Maxwell, lo agarró del brazo e insistió:

—Por favor, profesor, sentémonos.

Glenn se soltó con suavidad y obligó a la bióloga a sentarse.

Después, se volvió como un rayo y atacó al hercúleo Frankie, estrellándole el puño en la mandíbula.

CAPÍTULO IV

Frankie Ross debía de tener el mentón de acero, ya que apenas acusó el puñetazo.

Y había sido un golpe duro, porque los puños de Glenn Maxwell no eran de mazapán, precisamente. Sin embargo, se hizo él más daño en los nudillos del que recibió el hombre de confianza de Terence Walker.

Éste rió tras el ineficaz puñetazo del científico.

—¡Pegarle a Frankie es como pegar a una muralla, profesor Maxwell!

Glenn, que se estaba masajeando al puño, rezongó:

—Eso parece, demonios.

Ross sonrió jactanciosamente.

—Le dije que era un tipo bastante duro, profesor.

—Debió decirme que era una roca.

—¿Se sienta por las buenas o sigue deseando que lo siente yo?

—Pues, pensándolo mejor... —murmuró Glenn, dando la impresión de que iba a sentarse.

Pero no.

Lo que hizo, fue disparar el puño izquierdo.

Inesperadamente.

Quería sorprender a Frankie.

Esta vez, no le golpeó en la mandíbula, porque ya sabía que allí no le hacían mella los puñetazos. Prefirió incrustarle el puño en el estómago.

Y allí se lo incrustó.

Lamentablemente, el resultado fue el mismo, porque Ross contrajo a tiempo sus poderosos músculos abdominales y le sirvieron de escudo protector.

Glenn tuvo la sensación de que golpeaba el caparazón de una tortuga de mar. Incluso le pareció que su puño rebotaba.

—¿Qué lleva bajo la camisa, una coraza de hierro...? — preguntó, agarrándose el puño izquierdo.

Terence Walter estaba riendo de nuevo.

—Abandone, profesor Maxwell. Pegarle a Frankie es perder el tiempo, no acusa los golpes.

—Ya lo veo.

—Vamos, siéntese, antes de que a Frankie se le agote la paciencia y lo siente de un castañazo.

—No me rindo tan fácilmente, señor Walker.

Karin Geisler intervino de nuevo:

—Profesor Maxwell, se lo suplico...

Glenn la miró un instante.

—No tema por mí, doctora Geisler. A este mastodonte no le va a ser fácil cazarme.

Walter hizo una leve indicación a su hombre de confianza.

Ross entendió y soltó el puño.

Iba directo hacia la barbilla del físico, pero éste se agachó con rapidez y la poderosa maza de Frankie pasó por encima de su cabeza.

Glenn contraatacó velozmente, golpeando por dos veces el estómago de Frankie, con todas sus fuerzas.

No pasó nada.

El estómago del tipo parecía blindado.

Ross conectó un zurdazo al mentón del científico, derribándolo.

Por fortuna, el sillón estaba detrás y Glenn cayó en él.

Ross sonrió y dijo:

—El profesor Maxwell ya está sentado, señor Walter.

—Gracias, Frankie —sonrió también Terence.

Glenn hizo ademán de levantarse de nuevo, pero Karin lo agarró del brazo.

—Déjelo ya, profesor Maxwell. No debe pelear con ese hombre. Es demasiado fuerte y lo lastimará.

—Es más fuerte que yo, eso no lo discuto. Pero estoy seguro de que acabaría encontrando su punto flaco y le vencería —repuso Glenn.

—No sea ingenuo, profesor —dijo Walter—. Frankie no tiene puntos flacos, todo él es granito puro.

—Si se mueve de ese sillón, le sacudiré de nuevo, profesor —

advirtió Ross, mostrándole el puño.

—Le repito que a mí no me asusta, a pesar de su fortaleza.

—Quédese quieto y escuche, profesor Maxwell —rogó Walter—. Quiero explicarles por qué deseo que la doctora Geisler tenga un bebé y que el padre sea usted, profesor.

—No queremos oír disparates —repuso Glenn.

—No es ningún disparate, profesor Maxwell. Es un proyecto sensato y justificado, que vengo planeando desde hace tiempo. Yo no puedo engendrar hijos. No, no piensen que soy impotente. Sencillamente, soy estéril. Mis espermatozoides son débiles. Siempre lo he sabido. Por eso no me he casado. Me gustan mucho las mujeres y me he acostado con docenas de ellas, pero como no puedo tener hijos, no he tomado a ninguna por esposa. Heredaría mi fortuna y no quiero que mis millones sean para ninguna mujer. Quiero que sean para mi hijo. El hijo que ustedes dos van a tener para mí. Le daré mi nombre y será mi único heredero.

—¿No sería más sencillo adoptar uno, señor Walter...? —observó Karin.

—Desde luego, doctora Geisler —asintió Terence—. Pero sería un niño vulgar, normal, corriente. Y yo no quiero un heredero así. Mi hijo tiene que ser algo muy especial. Debe reunirlo todo. Salud, fortaleza, inteligencia... Sobre todo, esto último. Quiero que mi hijo sea el ser más inteligente del mundo. El cerebro más desarrollado de todo el planeta. Un superdotado. Y, obviamente, un hijo así solo pueden tenerlo unos padres igualmente inteligentes, sanos, y superdotados. Hice una relación de nombres de científicos de todo el mundo. Los más prestigiosos, naturalmente. Y entre todos, los elegí a ustedes dos. Ambos son jóvenes, sanos, y extraordinariamente inteligentes. Dos de los mejores cerebros del mundo. Aparte, usted, profesor Maxwell, es un hombre alto, atlético, y muy bien parecido. Y usted, doctora Geisler, una mujer alta, bella, y espléndidamente formada. Esto también era importante, a la hora de elegir a los padres de mi hijo, porque el niño no sólo debe ser sano e inteligente, sino hermoso. O hermosa, caso de que sea niña. El sexo del bebé, es lo de menos. Me da igual que sea varón o hembra. De lo que se trata, es de que sea un superbebé. Y lo será, no tengo la menor duda.

Glenn movió la cabeza.

—Está usted como una regadera, señor Walter.

—¿De veras lo cree, profesor?

—Sí, después de oírle, no puedo tener dudas al respecto.

Terence miró a la bióloga alemana.

—¿Usted también piensa que estoy loco, doctora Geisler...?

Karin se mordió los labios nerviosamente.

—No sé si está usted loco o cuerdo, señor Walter. Lo que sí puedo decirle, es que su proyecto es descabellado.

—¿Por qué, doctora?

—Para empezar, no se puede secuestrar a un hombre y una mujer, y obligarles a tener un hijo. Un hijo que después usted les robará y hará suyo. Eso es un delito, mucho más grave que el propio secuestro. Y lo peor de todo es que no logrará lo que pretende, porque el niño no será un superbebé. Será un niño, o niña, normal y corriente.

—¿Con unos padres como ustedes...?

—La pareja más inteligente del mundo puede tener un hijo tonto, señor Walter. Y viceversa, pues se han dado muchos casos de padres con un bajo coeficiente de inteligencia que han tenido hijos muy listos.

—¿En serio...?

—La genética es muy complicada, señor Walker. Y muy misteriosa. Influyen numerosos factores en la concepción y desarrollo de un niño, se lo aseguro. Una pareja puede tener un hijo más o menos inteligente, pero jamás será un superbebé, como pretende usted. No se pueden lograr superhombres. Ni supermujeres. Los seres humanos no somos máquinas. No se nos puede programar para que tengamos un hijo listo o idiota.

Terence Walker se mesó su grisáceo cabello.

—Puede que tenga usted razón, doctora Geisler. Sin embargo, no me negará usted que unos padres inteligentes tienen más posibilidades de tener un hijo listo que unos padres torpes, con escasa capacidad intelectual.

—Desde luego. Pero será simplemente eso, un hijo listo, no un superbebé.

—Yo tengo la esperanza de que sí, doctora Geisler. He reunido a dos de las más grandes inteligencias del planeta, y el fruto de su unión íntima tiene que ser forzosamente un hijo tan inteligente

como ellos. O puede que más, ya que, en buena lógica, debe heredar la inteligencia de los dos. Será un cerebro privilegiado. Un verdadero fenómeno. El ser más inteligente del mundo.

—Está chiflado, no hay duda —rezongó Glenn.

Terence lo miró con dureza.

—No vuelva a decir eso, profesor Maxwell.

—Es la verdad, señor Walker. Una persona en su sano juicio, jamás hubiera ideado un proyecto semejante. La doctora Geisler lo calificó de descabellado, y yo estoy totalmente de acuerdo con ella.

—Me importa un rábano lo que opinen ustedes, ¿está claro? Están aquí, en mi casa, y tendrán un hijo para mí, porque yo así lo quiero.

—¿Y si nos negamos...? —preguntó Glenn.

—No se lo aconsejo, porque mis hombres se lo harían pasar a los dos muy mal. Tienen unos métodos muy especiales para hacer cambiar de parecer a la gente. Y, en el improbable caso de que sus refinadas torturas no diesen resultado, recurriría a la inseminación artificial, lo cual, huelga decirlo, sería terriblemente humillante para ustedes dos.

Glenn y Karin guardaron silencio.

Terence Walker suavizó la expresión y añadió:

—No es mi intención causarles el menor daño ni la más leve humillación, créanme. Prefiero que todo se desarrolle con normalidad. Al fin y al cabo, lo que les estoy pidiendo no puede ser desagradable para ustedes. Estoy seguro de que a usted, profesor Maxwell, le gusta la doctora Geisler, que es una mujer preciosa. Y tampoco dudo de que a usted, doctora Geisler, le gusta el profesor Maxwell, ya que es un hombre muy apuesto y atractivo. Gozarán los dos haciendo el amor. Ambos son solteros y sin compromiso, me informé bien antes de elegirlos. Incluso pueden enamorarse y disfrutar aún más de sus uniones sexuales. ¿Verdad que pueden enamorarse, Frankie...?

—Seguro, señor Walker —respondió su hombre de confianza, sonriendo.

CAPÍTULO V

Terence Walker le dio una chupada al excelente habano, se arrellanó en su sillón, mientras expulsaba lentamente el humo, e indicó:

—Acompaña al profesor Maxwell y a la doctora Geisler a sus habitaciones, Frankie.

—Bien, señor Walker. Síganme, por favor —rogó Ross al físico y a la bióloga. Glenn y Karin se pusieron en pie.

Frankie caminó hacia la puerta.

Glenn estuvo tentado de saltar sobre su espalda y reanudar la pelea, pero Karin, que pareció adivinarle el pensamiento, lo cogió del brazo y murmuró:

—No haga tonterías, profesor.

Glenn desistió de atacar a Frankie, pero sólo por el momento.

No tenía nada de cobarde y seguía deseando hallar el punto flaco del hombre de confianza del millonario, convencido de que debía tener alguno.

Ross abrió la puerta.

Junto a ella, aguardaban Ashton, Yorkin y Duke, con la maleta y el maletín de Glenn.

—Salgan —indicó Frankie.

Glenn y Karin cruzaron la puerta y Frankie salió tras ellos.

—Por aquí —dijo el brazo derecho de Walker, tomando una dirección.

El físico y la bióloga le siguieron, seguidos a su vez de Ashton, Yorkin y Duke.

Ross los guió hasta sus habitaciones, ubicadas en el piso alto.

La maleta y el bolso de Karin estaban allí.

El equipaje de Glenn fue dejado también en la habitación.

Antes de marcharse, Ross dijo:

—Si necesitan alguna cosa, pulsen el timbre que verán junto a la

cama.

Después, los cuatro hombres abandonaron la estancia y cerraron la puerta con llave. Glenn fue hacia la puerta y trató de abrirla.

Fue más un tanteo que otra cosa, pues había oído girar la llave.

—Nos han encerrado, doctora Geisler.

—¿Qué esperaba, profesor Maxwell? Nos tienen secuestrados, y es lógico que tomen precauciones para que no podamos escapar. La ventana, como puede ver, tiene barrotes —señaló la germana.

—Sí, ya me he dado cuenta —rezongó Glenn—. Echemos un vistazo a la otra habitación.

—Debe ser el dormitorio. Y apuesto a que la ventana también tiene barrotes.

—Seguro.

Fueron hacia la puerta que comunicaba con la otra habitación.

En la que estaban ahora, había un sofá, un par de sillones, una mesa y un mueble-bar, magníficamente surtido.

La otra habitación, efectivamente, era el dormitorio.

La cama era amplia, lujosa, magnífica.

Se podía dormir a pierna suelta en ella.

Claro que de ellos se esperaba que hicieran algo más que dormir en aquella preciosa cama...

Glenn y Karin no pudieron evitar el pensar en ello, al observar la cama, y sus miradas se encontraron maquinalmente.

La bióloga enrojeció visiblemente.

Glenn carraspeó y dijo:

—La ventana tiene barrotes, como ya suponíamos.

—Sí.

—Aquello debe de ser el baño.

—Seguro.

—Echemos una mirada.

Fueron hacia allí y abrieron la puerta.

Era el baño, en efecto.

Un baño espacioso, moderno, precioso de verdad.

—El señor Walker quiere que nos sintamos cómodos, doctora Geisler —dijo Glenn, con ironía.

—Sí, no hay duda —respondió la germana.

—Bien, será cuestión de deshacer nuestros equipajes.

Karin se mordió el labio inferior.

—No podremos escapar de aquí, ¿verdad, profesor Maxwell?

—Yo confié en que sí, doctora Geisler.

—Lo veo muy difícil, porque Terence Walker tiene muchos hombres y todos van armados. Nos vigilarán día y noche, no tendremos oportunidad de intentar la fuga.

—¿Le cubrieron a usted la cabeza con una capucha cuando la subieron a la avioneta?

—Sí.

—A mí también. Y no me la quitaron hasta que estuve dentro de la casa.

—Lo mismo que a mí.

—¿Y por qué cree que lo hicieron, doctora Geisler?

—Para que no supiéramos dónde nos traían, evidentemente.

—Exacto. Y si no quieren que sepamos dónde estamos, es porque debe existir alguna posibilidad de escapar. Si Terence Walker estuviera absolutamente seguro de que no podamos huir, sus hombres no se hubieran tomado esa molestia con nosotros.

—En cambio, no tuvo inconveniente en decimos su nombre —observó Karin—. Y también conocemos los nombres de sus hombres. Si consiguiéramos escapar, estarían perdidos...

—Quizá no sean sus nombres verdaderos —repuso Glenn.

—No sé.

—En cualquier caso, eso no debe preocuparnos. En lo único que debemos pensar, es en huir de esta casa.

Y no debemos ponemos nerviosos si pasan los días y no se nos presenta la oportunidad de intentarlo. Debemos conservar la calma y actuar fríamente.

—Sí, tiene razón.

—Traeré las maletas.

—Espere, voy con usted.

—No es necesario, doctora. Puedo perfectamente con las dos.

—Gracias.

Glenn fue por las maletas, regresó con ellas, y las puso sobre la cama. Cuando las abrieron, descubrieron que sus ropas estaban revueltas.

—Las han registrado —rezongó Glenn.

—Era de esperar —suspiró Karin—. Podíamos llevar una pistola o algún tipo de arma.

—Yo jamás he ido armado.

—Ni yo, profesor. Pero los tipos no la sabían.

—También debieron registrar mi maletín y su bolso.

—Puede apostar a que sí.

—En fin, éstas son las consecuencias de estar secuestrados, doctora —suspiró Glenn, con resignación.

Karin, igualmente resignada, empezó a sacar sus cosas de la maleta, porque Glenn ya estaba sacando las suyas.

Terence Walker ya no se encontraba en su despacho.

Había subido a sus habitaciones, para vigilar desde ellas al profesor Maxwell y a la doctora Geisler. Podía ver todo lo que hacían y escuchar todo lo que decían a través de una pantalla de televisión en circuito cerrado.

Había cámaras, perfectamente disimuladas, en la antesala del dormitorio, en el propio dormitorio, e incluso en el baño, así que, estuviesen donde estuviesen Glenn y Karin, sus movimientos y sus conversaciones serían captados por los objetivos de las cámaras.

Terence sólo tenía que pulsar el botón correspondiente a cada cámara, para que la pantalla le ofreciese una panorámica completa de la primera habitación, del dormitorio, o del cuarto de baño.

Como el físico y la bióloga se encontraban en aquellos momentos en el dormitorio, deshaciendo sus respectivos equipajes, la pantalla de televisión ofrecía la panorámica de esta segunda habitación.

Naturalmente, Terence Walker había oído todo lo que Glenn y Karin habían hablado. Incluidos sus proyectos de fuga, los cuales le hicieron sonreír.

—No podrán escapar.

—Naturalmente que no —dijo Marcia Presley.

Era una pelirroja realmente exuberante.

Tenía veinticuatro años, los ojos verdosos, y los labios llenos, brillantes, húmedos. Toda su persona rezumaba sensualidad, pero el millonario, en aquel momento, no le prestaba la menor atención.

Y hubiera valido la pena prestársela, ya que Marcia lucía una *negligé* tan descarada, que parecía que no llevaba nada encima. Todo estaba a la vista, exceptuando su triángulo íntimo, protegido por unas braguitas negras que ya no podían cubrir menos.

Cualquier otro hombre, hubiera mantenido los ojos clavados

como dardos en el escultural cuerpo de Marcia Presley, pero Terence Walker lo tenía muy visto, porque la pelirroja llevaba ya bastante tiempo con él y el millonario había hecho de todo con ella.

—Es imposible, ¿verdad? —dijo Terence, sin mirarla.

—Esta casa es una fortaleza —aseguró Marcia—. No tendrán la menor posibilidad de huir.

—Así es.

—¿Cuándo crees que harán el amor por primera vez, Terence?

—Espero que esta noche.

—¿Y si no se animan...?

—Tendré que animarles yo.

—¿Cómo?

—Amenazándoles. Y si las palabras no bastan, pasaremos a los hechos.

La pelirroja sonrió.

—Qué duro te veo, Terence.

—Quiero un superbebé, ya lo sabes. Y sólo ellos pueden dármelo.

Marcia se restregó contra él como una gata en celo.

—Yo puedo darte otras cosas, Terence.

El millonario la apartó con cierta brusquedad.

—Ahora no, Marcia. Quiero ver lo que hacen el profesor y la doctora.

—Está bien —suspiró la pelirroja, y también ella prestó nuevamente atención a la pantalla.

CAPÍTULO VI

Glenn Maxwell y Karin Geisler no hicieron nada especial.

Después de guardar sus cosas en el armario, pasaron a la otra habitación, se sentaron en el sofá, y conversaron tranquilamente.

Como el mueble-bar era una tentación, Glenn sugirió:

—¿Nos servimos una copa, doctora?

—Es una buena idea —respondió Karin.

Glenn se levantó, preparó las bebidas, y regresó al sofá, ofreciendo una de las copas a la bióloga.

—Su copa, doctora Geisler.

—Gracias.

—¿Por qué quiere brindar?

—Por nuestra pronta libertad.

—Vale.

Hicieron entrecuchar suavemente las copas e ingirieron sendos sorbos de licor. Lo hicieron mirándose a los ojos, interrogándose mutuamente con ellos.

Luego, la bióloga se atrevió a preguntar:

—¿Qué vamos a hacer, profesor Maxwell?

—¿Se refiere a...?

—Sí, al proyecto del señor Walker.

—Puede estar tranquila, doctora Geisler. La respetaré aunque me amenacen con quitarme la vida.

—Si no obedecemos, nos torturarán.

—No creo que se atrevan. Al menos, a torturarla a usted. Si Walker decide presionar a alguien, será a mí. Y no me asusta lo que puedan hacerme, se lo aseguro.

Karin sonrió suavemente.

—Es usted un hombre muy valiente, profesor Maxwell.

—No me obligarán a poseerla, eso se lo puedo garantizar. Sería un acto incalificable. Aunque consintiera usted, obligada por las

circunstancias. No se puede forzar a una pareja a hacer el amor sólo para complacer a un chiflado. El amor es deseo. Y si un hombre y una mujer no desean unirse íntimamente, nadie les puede obligar.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor Maxwell. Sin embargo, y suponiendo que la tortura no de resultado, la alternativa es la inseminación artificial, ya lo oyó usted. Y eso aún sería peor, ¿no cree?

—Desde luego. Pero ni usted ni yo pasaremos por esa humillación, doctora Geisler. Y también podemos librarnos de la tortura. Sólo tenemos que decirle a Walker que hacemos el amor por las noches.

—¿Y nos creará?

—¿Por qué no? Él no estará metido en nuestra cama, así que no podrá saber si hacemos el amor o nos limitamos a dormir.

—Eso es verdad —sonrió la germana.

Glenn y Karin siguieron conversando, sin sospechar que estaban siendo observados y escuchados por Terence Walker.

Marcia Presley emitió una risita.

—Te la quieren pegar, cariño.

Terence Walker soltó un gruñido.

—No se reirán de mí, te lo garantizo.

—Ya sé que no. Tienes la ventaja de ver lo que hacen y oír lo que dicen, así que no pueden engañarte.

El millonario se puso en pie.

—¿Adónde vas, Terence...?

—Tengo algo que hacer.

—¿Y no podías hacerlo conmigo...?

—Más tarde, Marcia.

—Dame un beso, al menos.

Walker se inclinó y la besó.

Quena hacerlo brevemente, pero la pelirroja le echó los brazos al cuello y apretó, al tiempo que le devoraba literalmente los labios, para provocar su excitación.

El millonario, que no tenía ganas de juerga en aquel momento, le agarró los brazos y los arrancó de su cuello, separando seguidamente su boca de la de ella, que era puro fuego.

—Te dije que más tarde, Marcia.

—Estoy ganosa, cariño. ¿Es que no te das cuenta...?

—Si te sientes excitada, date una ducha fría.

—Eso no me calma.

—Entonces, piensa otra cosa.

—Sólo puedo pensar en ti, Terence. Me tienes loca, ya lo sabes.

—¿Yo... o mis millones?

—Me ofendes, Terence.

—Lo siento, no era mi intención —sonrió Walker, pellizcándole la barbilla—. ¿Me perdonas...?

—Si me haces el amor ahora mismo, sí.

—No puedo, pero te prometo volver pronto y poseerte con más vigor que nunca. ¿De acuerdo...?

—Te estaré esperando. Y ojalá sea verdad que piensas amarme con más pasión que nunca.

—Ya lo verás —rió el millonario, y salió de la habitación, no sin antes apagar la pantalla de televisión.

Glenn Maxwell y Karin Geisler interrumpieron su conversación al oír que la llave giraba en la cerradura. La puerta se abrió y Terence Walker penetró en la habitación, seguido de Frankie Ross, Yorkin, Ashton y Duke.

Karin se asustó al ver entrar a los cinco hombres y cogió instintivamente la mano de Glenn.

—Profesor Maxwell... —musitó.

Glenn le apretó cálidamente la mano.

—No tema, doctora Geisler.

Terence Walker sonrió de forma extraña y preguntó:

—¿Qué han decidido?

—Obedecerle, señor Walker —respondió Glenn, sin dudar.

—¿De veras...?

—Sí, no tenemos más remedio. Nos tiene en su poder y no podemos escapar. Y no queremos que sus hombres nos torturen. Tampoco nos gusta lo de la inseminación artificial.

El millonario movió la cabeza.

—Es usted un embustero, profesor Maxwell.

—¿Por qué dice eso?

—He oído lo que hablaban y cómo piensan engañarme.

Glenn apretó las mandíbulas.

—Hay micrófonos escondidos, ¿eh?

—Sí, unos cuantos.

—Debí suponerlo.

—Está usted equivocado en bastantes cosas, profesor Maxwell. Primero: no tienen la menor posibilidad de huir de esta casa. Segundo: no será usted quien sufra las torturas, porque es un tipo con muchas agallas y seguramente las resistirá. Será la doctora Geisler la que sufra con los especiales métodos de mis hombres, si se obstinan ustedes en no unirse íntimamente.

La bióloga se estremeció.

—No, por favor... —suplicó, con débil voz.

—Lo siento, doctora Geisler, pero no me dejan alternativa. Yo no quería hacerles daño a ninguno de los dos, se lo dije en mi despacho, pero si se niegan a obedecerme, usted sufrirá las consecuencias.

—No asuste a la doctora, señor Walker —dijo Glenn, mirándolo duramente.

—¿Hará usted el amor con ella, profesor Maxwell? —preguntó el millonario.

—No.

Walker levantó la mano.

—Yorkin. Ashton. Sujetad a la doctora Geisler —ordenó.

Los tipos fueron hacia el sofá.

Glenn se puso en pie y les cortó decididamente el paso.

—A la doctora Geisler no le pondrá nadie las manos encima —dijo, con los puños apretados.

—¿Lo va a impedir usted, profesor...? —preguntó Walker, con burlona expresión.

—Sí.

—De acuerdo, inténtelo. Adelante, muchachos.

Ashton y Yorkin dieron un paso hacia el científico, dispuestos a reducirlo.

Glenn disparó el puño y lo hizo restallar en la mandíbula de Ashton como un látigo. Le pegó con tantas ganas, que lo tiró al suelo.

Y es que Ashton no poseía la extraordinaria resistencia de Frankie Ross. Era solamente un hombre fuerte, y como Glenn también lo era, consiguió derribarlo con su castañazo. Yorkin atacó al físico.

Estaba deseando cobrarse el golpe que Glenn le propinara con su

maletín, y que en tan mal estado había dejado su apéndice nasal, pero el científico ladeó la cabeza a tiempo y burló el puñetazo.

Al fallar el golpe, Yorkin quedó momentáneamente a merced de los puños del físico, y éste no desaprovechó la oportunidad. Le clavó la zurda en el hígado, y cuando el tipo se encogió, dando un rugido de dolor, le sacudió con el otro puño, en un pómulo.

Yorkin se vino abajo, también.

Terence Walker se puso a aplaudir.

—¡Bravo, profesor! —exclamó—. No hay duda de que sabe usted pelear.

—Yo me ocuparé de él, señor Walker —dijo Ross, dando un paso al frente.

El millonario lo agarró del brazo.

—No, Frankie. Prefiero que lo reduzcan los muchachos. Échales una mano, Duke.

—Con mucho gusto, señor Walker —sonrió Duke, y fue hacia el científico.

CAPÍTULO VII

Glenn Maxwell no esperó a que el tipo le atacara, sino que tomó la iniciativa y proyectó su puño derecho hacia la cara de Duke, que era bastante fea, por cierto.

Duke movió la cabeza y esquivó el golpe con habilidad, respondiendo con un trallazo al mentón del físico.

Glenn salió despedido y acabó sentado en el sofá, junto a la doctora Geisler, que estaba muy pálida y temblaba perceptiblemente.

—Profesor Maxwell... —murmuró.

—No ha sido nada, doctora —respondió Glenn, y se levantó de nuevo.

Justo en ese momento, Terence Walker decía:

—Buen golpe, Duke. A ver si lo repites.

—Seguro —sonrió el tipo, y soltó nuevamente el puño, convencido de que iba a sorprender por segunda vez al científico.

Se equivocó, porque Glenn se encogió velozmente y los nudillos de Duke sólo le rozaron el pelo. Y antes de que el tipo pudiera enmendar su fallo, el físico le colocó dos buenos puñetazos en el estómago y un tercero en la cara, tumbándolo.

—Diablos con el profesor... —murmuró Walker, realmente sorprendido.

—¿Intervengo ya, señor Walker? —preguntó Ross, deseoso de acabar con aquella situación.

—Espera, Frankie. Ashton y Yorkin ya están en pie. Y Duke se levantará enseguida, también. Ellos reducirán al profesor Maxwell. Pero sin hacerle demasiado daño, ¿eh, muchachos? Tiene que estar en condiciones de hacerle el amor a la doctora Geisler esta noche —advirtió, sonriendo.

La bióloga pareció recobrar el color.

Y no es que se sintiese mejor, sino que se había ruborizado al oír

las últimas palabras del millonario.

Glenn estuvo a punto de decirle algo muy feo a Terence Walker, pero no le dio tiempo, porque Ashton y Yorkin ya se lanzaban sobre él, furiosos por los golpes recibidos.

El físico se defendió bien, pero como Duke se incorporó rápidamente a la lucha, la superioridad numérica de los hombres de Walker se impuso y Glenn se vio reducido.

Ashton lo tenía cogido de un brazo y Yorkin del otro, mientras que Duke lo había agarrado por detrás y le pasaba el brazo por el cuello, como si fuera a estrangularlo.

Walker sonrió.

—¿No te dije que los muchachos lo reducirían, Frankie...?

—Sí, pero les ha costado mucho —repuso su hombre de confianza—. Yo lo habría atrapado antes.

—Seguro. Pero la pelea hubiera tenido menos interés. De esta manera, nos hemos divertido todos.

—Eso es verdad —sonrió Ross.

—Ocupate tú de la doctora Geisler, Frankie.

—Encantado, señor Walker.

Karin brincó del sofá, aterrorizada.

—¡No se me acerque, energúmeno!

Glenn forcejeó con los tres hombres que le sujetaban.

—¡Quieto, Ross! —rugió—. ¡No toque a la doctora Geisler o se arrepentirá!

Frankie soltó una sonora carcajada.

—¿Me está amenazando, profesor...?

—¡Si le pone sus manazas encima lo lamentará, se lo juro!

Ahora fue Walker quien rió.

—No hay duda, Frankie. El profesor Maxwell te está amenazando.

—Pero no debo hacerle caso, ¿verdad?

—Claro que no. Vamos, sujeta a la doctora, que quiero hacer algo con ella.

—A la orden.

Karin trató de escapar, pero Frankie la atrapó y la levantó como si fuera una muñeca de paja.

—¿Adónde iba, doctora...?

La bióloga, después de dar un agudo chillido de terror, ordenó:

—¡Suélteme, elefante!

—El señor Walker me ha ordenado lo contrario, y es a él a quien debo obedecer.

Karin pataleó en el aire, mostrando sin pretenderlo sus hermosas piernas hasta muy arriba.

—¡Déjeme, pedazo de bestia!

Glenn pugnó de nuevo por librarse de Ashton, Yorkin y Duke, pero sin ningún resultado, porque lo tenían bien cogido.

—¡Ordene a ese gorila que suelte a la doctora Geisler, señor Walker! —rugió.

—Dentro de unos minutos, profesor. Antes tengo que hacerle algo, ya lo oyó.

—¡No se atreva a hacerle nada o le pesará, se lo advierto!

—¿Ahora me amenaza a mí...?

—¡Sí!

—Lo siento, profesor Maxwell, pero no voy a hacerle caso. Baja a la doctora Geisler, Frankie. No quiero que me dé ninguna patada.

Ross dejó que los pies de la bióloga descansaran en el suelo.

A pesar de ello, el millonario tuvo la precaución de aproximarse a la hermana por un lado.

Karin tuvo un claro estremecimiento al ver que Terence Walker empezaba a desabrocharle la blusa.

—¿Cómo se atreve a...?

—Lo siento, doctora Geisler, pero va a tener que mostrarme sus pechos.

—¡No...! —chilló Karin, pateando de nuevo.

Glenn sintió que enrojecía de cólera.

—¡Es usted un cerdo, señor Walker!

El millonario lo miró.

—Tranquilo, profesor Maxwell. No tengo intención de aprovecharme de la doctora Geisler, aunque dé esa impresión. Si voy a dejarla con los senos al aire, es porque es ahí donde pienso aplicarle la brasa de mi cigarro.

La bióloga sintió que se le helaba la sangre en las venas.

A Glenn, en cambio, le quemaba la suya.

Karin, horrorizada, lanzó un chillido desgarrador.

Terence no se ablandó y acabó de desabrochar la blusa de la bióloga.

Se la abrió de par en par y le arrancó el pequeño sujetador.

Los hermosos senos de Karin oscilaron durante unos segundos, estremecidos, como si supieran lo que les iba a ocurrir.

Los ojos de Ashton, Yorkin y Duke se clavaron como flechas en los turgentes senos de la doctora Geisler y brillaron, lujuriosos. Más que contemplarlos, los mordían con la mirada.

Ross, aunque sujetaba a la bióloga por detrás, también pudo admirar la belleza y perfección de su busto, y sintió lo mismo que sus compañeros.

Walker, muy tranquilo, le dio un par de largas chupadas al puro, para aumentar la intensidad de su brasa, y después preguntó:

—¿En cuál prefiere que se la aplique primero, doctora Geisler? ¿En el derecho o en el izquierdo...?

La germana, a punto de desfallecer de horror, suplicó:

—¡No lo haga, por Dios!

Glenn intervino de nuevo:

—¡No se atreva a quemarla, señor Walker!

—¿Hará usted el amor con la doctora Geisler, profesor Maxwell?

Glenn dudó en la respuesta.

Karin, desesperada, gritó:

—¡Diga que sí, profesor! ¡Diga que sí!

—¿Consentirá usted, doctora Geisler? —preguntó Terence.

—¡Sí!

—¿Me dá su palabra?

—Sí.

—Magnífico —volvió a sonreír Walker, y cerró la blusa de la bióloga, ocultando sus tentadores senos—. Puedes soltarla, Frankie.

Ross soltó a la alemana.

Karin se dejó caer en el sofá, apretando la blusa contra su pecho, y rompió en amargos sollozos.

—Soltad también al profesor Maxwell, muchachos —indicó el millonario.

Ashton, Yorkin y Duke dejaron en libertad de movimientos al físico.

Glenn sintió deseos de emprenderla a puñetazos con Terence Walker, pero comprendió que no debía hacerlo, hallándose presentes Ross, Duke, Yorkin y Ashton.

Caerían los cuatro sobre él inmediatamente y lo reducirían de

nuevo.

Tenía que esperar una oportunidad mejor para darle su merecido al millonario. Y estaba seguro de que, más pronto o más tarde, se le presentaría.

Glenn, con los músculos faciales atirantados, caminó hacia el sofá y se sentó junto a la bióloga.

—Tranquilícese, doctora Geisler —rogó, cogiéndola por los hombros con suavidad—. Ya pasó todo.

La germana se acurrucó contra él, sin dejar de sollozar.

Glenn la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho, tiernamente. Después, miró al millonario y dijo:

—Es usted un canalla, señor Walker.

—Créame que lo lamento, profesor Maxwell, pero ustedes me obligaron a comportarme de esta manera. Si me hubieran hecho caso... En fin, confío en que no falte a su palabra y haga al amor con la doctora Geisler esta misma noche. Y sin trucos, ¿entendido? Si tratan de engañarme de nuevo, yo lo sabré y les pesará a los dos, porque la próxima vez no me limitaré a asustar. Vámonos, muchachos.

Terence Walker y sus hombres abandonaron la habitación, cerrando nuevamente la puerta con llave.

CAPÍTULO VIII

Marcia Presley había encendido la pantalla de televisión, para seguir observando al profesor Maxwell y a la doctora Geisler. Intuía que iba a suceder algo, y no se equivocó.

Había sucedido mucho.

En primer lugar, la pelea de Glenn Maxwell con Ashton, Yorkin y Duke.

La pelirroja había disfrutado con ella, salvo al final, cuando los hombres de Terence Walker consiguieron reducir al joven y apuesto físico, al atacarle los tres a la vez.

Marcia hubiera preferido que venciera el profesor Maxwell, por valiente, por decidido, y por guapo. Le había gustado desde el principio, y hubiera dado cualquier cosa por hallarse en el lugar de la doctora Geisler.

Que le encantaría hacer el amor con él, vamos.

Claro que lo de desear hallarse en el lugar de la doctora Geisler, fue antes de que sucediera... lo que acababa de suceder, porque la pelirroja lo había pasado muy mal viendo cómo Terence Walker dejaba a la bióloga con los pechos al aire y la amenazaba con aplicarle la brasa del puro en ellos.

Marcia se había impresionado tanto, que había palidecido e incluso temblado, como si fueran sus pechos los que corriesen el peligro de recibir las dolorosas quemaduras.

Habían sido unos minutos horribles, y todavía no se había repuesto de la impresión, aunque ya había apagado la pantalla. Lo hizo en cuanto vio salir de la habitación a Terence Walker y sus hombres, adivinando que el millonario no tardaría en reunirse de nuevo con ella.

Marcia no quería que Terence la sorprendiera con la pantalla encendida, porque seguramente se enfadaría. De haber querido que ella presenciase lo que iba a suceder en las habitaciones que

ocupaban el profesor Maxwell y la doctora Geisler, el millonario no habría apagado la pantalla, antes de salir.

Tal y como la pelirroja pensaba, Terence Walker se reunió con ella un minuto después de haber abandonado las habitaciones del físico y la bióloga.

—Ya estoy aquí, preciosa —dijo, con una sonrisa, y fue directamente a la pantalla de televisión.

La encendió y Glenn Maxwell y Karin Geisler aparecieron en ella, sentados en el sofá. La bióloga seguía sollozando, en brazos del físico, que le acariciaba suavemente el rubio cabello.

—Qué escena tan conmovedora, ¿verdad, Marcia?

—Sí —respondió quedamente la pelirroja.

El millonario se volvió hacia ella y se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué te sucede, Marcia?

—Nada.

—Estás pálida. Y te tiemblan los labios.

—¿De veras?

Walker endureció el gesto.

—Encendiste la pantalla, ¿eh?

—No.

—¡No me mientas, Marcial! ¡Lo has presenciado todo!

La pelirroja se puso muy nerviosa.

—Me aburría, Terence, y se me ocurrió...

Walker dio un par de zancadas y la agarró por los hombros, con fuerza.

—No te gustó lo que viste, ¿eh?

—Me impresionó mucho, la verdad —confesó ella.

—Creíste que iba a quemarle los pechos a la doctora Geisler, ¿no?

—Bueno, tú dijiste que si las amenazas no surtían efecto, pasarías a los hechos, y parecías tan decidido a aplicarle la brasa del cigarro...

—Tenía que parecerlo, para que el profesor Maxwell y la doctora Geisler creyesen que la cosa iba en serio y se comprometiesen a cumplir mis órdenes.

—No pensabas hacerlo, ¿verdad?

—¡Naturalmente que no! ¿Por quién me tomas, por un

monstruo...?

—Perdóname, Terence.

El millonario le soltó los hombros y la agarró por la cintura, atrayéndola hacia sí.

—Te perdono, pero no vuelvas a hacerlo.

—¿El qué?

—Encender la pantalla cuando yo no esté. Si quiero que vigiles a la pareja de científicos, durante mi ausencia, yo te lo diré. ¿De acuerdo...?

—No volverá a suceder, te lo prometo.

Walker hizo descender sus manos y aferró el formidable trasero de la pelirroja.

—¿Continúas ganosa, Marcia...?

—Claro —sonrió ella, pasándole los brazos por el cuello.

—Yo también lo estoy, ¿sabes?

—Cuánto me alegro.

—Me excitó el ver los pechos de la doctora Geisler, temblorosos, estremecidos, bailoteando de puro terror...

—La verdad es que la bióloga tiene un busto maravilloso.

—¿Y qué me dices del tuyo...? —repuso Walker, olvidándose de la firme grupa de la pelirroja y ocupándose de sus exuberantes senos, después de retirar la *negligé*, para poder acariciarlos al natural.

Marcia sonrió, halagada.

—Sinceramente, creo que no tiene nada que envidiar al de la doctora —respondió.

—Exacto —dijo el millonario, y la besó ardientemente en los labios.

—Por favor, doctora Geisler, deje de llorar —rogó Glenn.

La bióloga levantó la cabeza y lo miró a través de sus lágrimas.

—Lo siento, profesor Maxwell, pero es que fueron unos minutos espantosos.

—También lo fueron para mí, se lo aseguro.

—Lo sé.

Glenn extrajo su pañuelo y se lo ofreció.

—Seque sus preciosos ojos, doctora. Y sus mejillas.

—Gracias.

Karin se secó las lágrimas con su mano derecha, porque con la

izquierda mantenía cerrada su blusa, todavía sin abotonar.

—¿Me permite que le abroche la blusa? —preguntó Glenn.

—Bueno.

Glenn lo hizo, mientras decía:

—Me temo que el señor Walker le destrozó el sujetador, doctora.

Karin observó la prenda íntima, que yacía en el suelo.

—No importa. Me pondré otro.

Glenn le abrochó el último botón y preguntó:

—¿Se siente mejor, doctora?

—Sí, poco a poco me voy calmando. ¿Y usted, profesor...?

—¿Yo?

—Le dieron varios puñetazos.

Glenn se llevó la mano al mentón y movió las mandíbulas un par de veces.

—No tengo la barbilla de acero, como Frankie Ross, pero resisto bastante bien los golpes.

—Le agradezco que saliera en mi defensa, profesor Maxwell.

—Era mi obligación, doctora Geisler. Lamentablemente, no pude evitar que Terence Walker y Frankie Ross le hicieran pasar un mal rato.

—Eran tres hombres contra usted. Demasiado hizo, profesor.

—Bien, lo importante es que todo quedó en un susto.

—Porque cedimos, que si no... Me estremezco sólo de pensarlo —confesó la bióloga. Glenn bajó mucho la voz, para que no pudiera ser captada por los micrófonos ocultos, y dijo:

—Creo que el señor Walker no tenía intención de aplicarla la brasa del puro, doctora.

—¿Está seguro? —repuso Karin, en el mismo tono susurrante.

—Sí, sólo quería asustarla. Asustamos a los dos, para que accediéramos a hacer el amor. La germana se ruborizó ligeramente.

—Se salió con la suya, pues —murmuró.

—Eso cree él.

—¿Qué quiere decir?

—No vamos a hacer el amor, doctora.

—Se lo juré al señor Walker. Y usted le dio su palabra, profesor.

—Usted sólo juró que no pondría ninguna objeción, si yo intentaba poseerla. Y no tendrá que ponerla, porque yo no intentaré nada, así que no faltará a su juramento. En cuanto a mí... Le di mi

palabra al señor Walker, es cierto, pero no me importa faltar a ella, dadas las circunstancias. Terence Walker es un canalla y no quiero que se salga con la suya.

—Pero, él dijo que si le engañábamos lo sabría y...

—Se refería a los micrófonos. Nos descubrió porque nosotros no sabíamos que los había, pero, como ahora ya lo sabemos, hablaremos muy bajo cuando nos interese que no capte nuestras palabras, y en tono alto cuando nos convenga que no oiga. Y diremos lo que queramos que él escuche. No será difícil hacerle creer que cumplimos sus órdenes.

Unas frases oportunas, seguidas de algunos suspiros, unos cuantos gemidos de placer, y algún que otro gritito, acompañados de los clásicos jadeos, y Walker pensará que estamos haciendo el amor y nos dejara tranquilos el resto de la noche.

El rubor de la bióloga se acentuó.

—¿De verdad cree que será fácil fingir todo eso, profeso f?

—Bueno, reconozco que nos resultara embarazoso a los dos, pero no queda otra salida, doctora. O fingimos que hacemos el amor, o lo hacemos de verdad —repuso Glenn, siempre en tono susurrante, apenas audible.

Karin suspiró.

—Tiene usted razón, profesor Maxwell. Tendremos que fingir que hacemos el amor.

CAPÍTULO IX

Había empezado ya a oscurecer, cuando la puerta se abrió y Frankie Ross entró en la habitación, acompañado de Ashton, Yorkin y Duke. Este último empujaba un carrito repleto de cosas buenas.

—Les traemos la cena, profesor —dijo el hombre de confianza de Terence Walker—. ¿Cómo están de apetito...?

—Regular —gruñó Glenn.

—Caramba, cuánto lo siento. Con lo rico que está todo esto...

—Hablando de cosas ricas —dijo Ashton, tocando con el codo a Yorkin.

Ashton había posado su mirada en el busto de la doctora Geisler, que la delgada blusa, y debido a la ausencia del sujetador, permitía vislumbrar.

Yorkin clavó también sus ojos en el busto de la bióloga, lo mismo que Duke y Ross. Y eso que un rato antes tuvieron oportunidad los cuatro de contemplar desnudos los preciosos senos de la alemana, sin blusa de por medio, pero, por lo visto, no fue suficiente.

Karin se miró el busto, descubrió que se le vislumbraban los aupados pezones y sus amplias aureolas, y se apresuró a cruzar los brazos sobre sus senos.

—Pandilla de puercos... —rezongó, enrojeciendo.

—Lárguense ya —ordenó Glenn, muy serio.

—¿Le molesta nuestra presencia, profesor...? —preguntó Frankie.

—Especialmente, la suya.

Ross rió.

—Me tiene manía porque sus golpes sólo me hicieron cosquillas, ¿verdad?

—La próxima vez que peleemos, le harán algo más que cosquillas.

—¿Está seguro?

—Ya lo verá.

—Cree haber encontrado mi punto flaco, ¿eh?

—Así es.

—No los tengo, ya se lo dijo el señor Walker.

—El señor Walker está equivocado. Y usted también, Ross.

Puedo derribarlo de un solo golpe. Como mucho, con dos.

Frankie volvió a reír.

—Es usted un pobre iluso, profesor Maxwell.

—¿Quiere que se lo demuestre, Ross?

—¡Encantado!

Glenn fue a ponerse en pie, pero Karin lo agarró del brazo y lo retuvo.

—No sea loco, profesor.

—No tema, doctora Geisler. Sé lo que me hago.

—Por favor, olvídelo. No quiero que le golpeen más.

—Confíe en mí, se lo ruego.

Frankie apremió:

—Le estoy esperando, profesor.

—Voy enseguida —respondió Glenn, y se levantó del sofá.

Ashton, Yorkin y Duke se hicieron a un lado, apartando también el carrito de la cena, para que no resultara volcado a causa de algún golpe.

Glenn se colocó delante de Frankie.

—¿Listo, Ross?

—Cuando quiera, profesor.

Glenn levantó el puño derecho, pero fue la pierna lo que disparó, incrustando la punta de su zapato entre los robustos muslos del hombre de confianza de Terence Walker. El golpe no pudo ser más certero.

Ni más terrible.

Ni más doloroso.

Frankie Ross lanzó un tremendo alarido, se llevó las manos al bajo vientre, y se derrumbó, incapaz de resistir tanto dolor. Se había quedado, además, sin fuerza en las piernas.

Glenn había cumplido su palabra.

Había derribado a Frankie de un solo golpe.

Un golpe muy sucio, desde luego, pero es que las cosas no

estaban como para andarse con escrúpulos. Terence Walker y sus hombres tampoco los tenían, así que Glenn no había hecho otra cosa que pagarles con la misma moneda.

El físico no se limitó a tumbar al musculoso Frankie de un patadón en los genitales, sino que inmediatamente se arrojó sobre él, le metió la mano en la axila izquierda, y le arrebató la pistola automática que descansaba en la funda sobaquera.

Era una *Parabellum* impresionante.

Y con ella apuntó Glenn a Ashton, Yorkin y Duke, advirtiéndolo:

—¡Al primero que se mueva, lo lleno de agujeros!

Glenn Maxwell había actuado con tanta rapidez, que cuando Ashton, Yorkin y Duke quisieron reaccionar, el científico ya les amenazaba con la *Parabellum* de Frankie Ross. Ninguno de los tres se atrevió a meterse la mano bajo la chaqueta, para tirar del arma, conscientes de que podía costarles la vida.

Ross seguía en el suelo, rabiando de dolor.

Ni se había enterado de que podía costarles la vida.

Glenn se había apartado de él, por si acaso.

Karin Geisler estaba boquiabierta, pues no esperaba que el profesor Maxwell pudiera derribar al dinosaurio de Frankie, ni mucho menos que después se apoderara de su pistola y amenazara a los otros tres hombres, dominando totalmente la situación.

Glenn, que sostenía la *Parabellum* con el pulso muy firme, ordenó:

—Quiero veros con las manos en la nuca a los tres, entrelazados, y tumbados en el suelo. ¡Vamos, obedeced!

Ashton, Yorkin y Duke se tendieron en el suelo.

Con las manos en la nuca, como quería el científico.

—Desármelos, doctora Geisler —indicó Glenn—. Y no tema, yo estaré muy pendiente de ellos. Si alguno mueve un dedo, no vivirá para mover los restantes.

Karin se levantó nerviosamente y se acercó a los tipos.

Al primero que desarmó, fue a Ashton.

En cuanto le levantó la chaqueta, vio su Luger, descansando en la funda axilar, y no tuvo problemas para arrebatársela.

Después, desarmó a Yorkin, que llevaba una Super-Star.

Finalmente, la bióloga se hizo con la Smith Wesson de Duke.

Con las tres pistolas en las manos, Karin se apartó de los tipos.

—¿Qué hago con este arsenal, profesor Maxwell...?

—Guarde las pistolas en su bolso, doctora Geisler, y cuélgueselo del hombro. Nos largamos de aquí.

La hermana obedeció.

Frankie, que se iba recuperando del golpe recibido en sus órganos masculinos, miró con intenso odio al físico y masculló:

—Esto lo va a pagar muy caro, profesor Maxwell.

—Lo siento, Ross, pero tenía que hacer lo que hice. Era la única manera de controlar la situación.

—¿Y cree que la tiene controlada?

—Salta a la vista que sí, Ross.

—Es usted un estúpido, profesor. Jamás podrán salir de esta casa.

—Ya veremos.

—El señor Walker debe saber lo que ha ocurrido aquí, y ya habrá tomado las medidas oportunas para que usted y la doctora Geisler no puedan escapar.

—Trataremos de superar las barreras que nos ponga.

—Si quiere un buen consejo, devuélvame esa pistola y olvide lo de la huida. Les puede costar la vida a los dos.

—Gracias por el consejo, Ross, pero es un riesgo que debemos correr. Vámonos, doctora.

Alcanzaron los dos la puerta.

Antes de abrir, Glenn advirtió a los hombres del millonario:

—Continúen los cuatro en el suelo, Ross, muy quietecitos, porque si tratan de seguirnos, lo más probable es que me cargue a alguien. ¿Entendido...?

Los tipos no respondieron.

Glenn abrió la puerta, sólo unos centímetros, y echó una mirada al corredor. Como lo vio despejado, dijo:

—Podemos salir, doctora.

—Mucho cuidado, profesor —rogó Karin.

—Lo tendré, no tema.

Glenn abrió un poco más la puerta y salió al corredor, con la *Parabellum* de Frankie presta. Karin salió también.

—Cierre la puerta, doctora —indicó el físico—. Y dele la vuelta a la llave.

Estaba puesta en la cerradura, así que la bióloga sólo tuvo que

hacerla girar.

Después, Glenn cogió de la mano a la germana y echó a andar con paso cauteloso.

Habían avanzado sólo unos metros, cuando se abrió una puerta y una hermosa pelirroja se dejó ver, envuelta en una delgada bata brillante, descuidadamente cerrada.

Era Marcia Presley, la amiguita de Terence Walker.

Glenn y Karin se detuvieron.

Y es que, tras la pelirroja, había surgido Terence Walker.

El millonario agarraba de un brazo a Marcia y se protegía con el cuerpo de ella, mientras le apuntaba a la cabeza con un revólver calibre 38.

La expresión de la pelirroja, era de terror.

Y le temblaba todo.

Terence Walker gritó:

—¡Arroje la pistola, profesor Maxwell, o le vuelo la cabeza a la chica!

CAPÍTULO X

Marcia Presley no pronunció palabra, pero siguió temblando claramente, como si pensara que había llegado su hora.

Glenn Maxwell titubeó, porque no tenía ni idea de quién era la chica a la que amenazaba el millonario. Y lo mismo le sucedía a Karin Geisler, claro.

—¿Es que no me ha oído, profesor? —barbotó Terence Walker—. ¡Tire la pistola o la mato!

—¿Quién es la chica? —preguntó Glenn.

—Se llama Marcia. Y la tengo cautiva, como a ustedes.

Glenn miró a los ojos a la pelirroja.

—¿Es cierto eso, Marcia?

—Sí... —respondió ella, con débil voz.

—¿Te secuestraron?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días.

—¿Por qué?

—¡Basta ya de preguntas, profesor Maxwell! —rugió Terence—. ¡Si no quiere que Marcia muera, arroje inmediatamente su arma!

Glenn cambió una mirada con Karin.

—¿Qué hacemos, doctora? —preguntó en voz baja.

—Obedezca, profesor —pidió la bióloga—. No podemos permitir que mate a la chica.

—Quizá sólo se trate de una amenaza, como lo de la brasa del cigarro.

—Tal vez. Pero no debemos arriesgarnos, profesor. El señor Walker es capaz de apretar el gatillo, y si lo hace...

—Tiene razón —suspiró Glenn, y arrojó la *Parabellum* al suelo.

El millonario exhibió una sonrisa triunfal.

—¡Ya podéis salir, muchachos! —dijo.

En el extremo del corredor, aparecieron dos hombres, armados con modernas metralletas. Eran Gurney y el tipo que pilotara la avioneta que llevó al físico y a la bióloga a aquella casa.

—Por si fallaba lo de la chica, ¿eh, señor Walker? —dijo Glenn.

—¡Exacto!

—Es usted un hombre muy precavido.

—Y muy astuto, profesor —aseguró el millonario, dejando de apuntar a Marcia Presley. La hizo volverse hacia él y la besó en los labios.

Después, se echó a reír y confesó:

—¡Les he tomado el pelo, profesor Maxwell!

—¿Qué quiere decir?

—¡Marcia no está cautiva en mi casa! ¡Es mi chica!

Glenn y Karin se miraron.

—Nos ha engañado, profesor —rezongó la germana.

—Sí, todo ha sido una comedia, doctora. Y la representamos muy bien. Especialmente, la chica. Su pánico parecía de lo más sincero. Te felicito, Marcia.

La pelirroja se mordió los labios.

No parecía muy feliz, pese al éxito de su interpretación.

Y es que no lo había hecho por su gusto, sino obligada por Terence Walker. Ella no quería ayudar a atrapar de nuevo al físico y a la bióloga, pero no había podido negarse a representar la comedia.

El millonario ordenó:

—Recuperad las pistolas, muchachos. Y devolvédselas a Frankie y a los otros. No se han cubierto de gloria, precisamente.

Gurney y el otro tipo se aproximaron a Glenn y Karin.

—Deje caer el bolso, doctora Geisler —indicó el primero.

La bióloga obedeció.

—Ahora retrocedan un poco y pónganse de cara a la pared —siguió ordenando Gurney. Glenn y Karin lo hicieron así.

Gurney recuperó las armas.

El otro tipo abrió la habitación y dijo:

—Podéis salir, chicos. La situación está nuevamente controlada.

Ross, Ashton, Yorkin y Duke salieron al corredor, el primero caminando con evidente dificultad, a causa del dolor que sentía en lo que tenía de hombre.

Terence Walker desgranó una risita burlona.

—Pues es cierto que tenías un punto flaco, Frankie.

Y el profesor Maxwell supo encontrarlo.

Ross masculló una palabrota.

—No se burle, señor Walker. Este punto flaco, lo tenemos todos.

—Sí, eso es cierto. Pero un hombre de tu experiencia, Frankie...

No sé cómo te dejaste sorprender.

—El profesor Maxwell es un tipo muy peligroso, señor Walker, ya ha dado varias muestras de ello. Creo que deberíamos darle una buena lección, para quitarle esos aires tan belicosos.

—Te gustaría, ¿eh?

—Mucho.

—Lo siento, Frankie, pero no puedo complacerte. El profesor Maxwell tiene que estar en forma esta noche. Y ya sabes para qué.

Glenn y Karin cambiaron una mirada fugaz.

Después, Walker ordenó:

—Encerradlos de nuevo en sus habitaciones. La cena se les está enfriando.

Glenn Maxwell y Karin Geisler estaban cenando.

Terence Walker los observaba, a través de la pantalla de televisión.

—No parece que tengan mucho apetito, ¿verdad, Marcia? — comentó.

—Es comprensible. Yo, en su lugar, no podría probar bocado — aseguró la pelirroja.

El millonario la miró.

—Te noto preocupada, Marcia.

—Lo estoy.

—¿Por la pareja de científicos?

—Sí.

—No va a pasarles nada, te lo aseguro. Sólo quiero que me den un hijo, eso es todo.

—¿Y después...?

—Los soltaré. Ya te lo expliqué, ¿no?

—Sí, pero no estoy segura de que los dejes en libertad.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Sería un riesgo para ti, Terence.

—No, porque les inyectaremos la droga y no podrán recordar

nada.

—Lo de la droga es un cuento chino.

—¿Cuento chino? —repitió el millonario.

—Sí, como lo de tu esterilidad.

—¿Qué dices...?

—No soy tan tonta como parezco, Terence. Sé que tú puedes engendrar hijos. Y yo podría dártelos, si quisieras.

Walker sonrió ligeramente.

—Sí, podría tener un hijo contigo, Marcia. Pero no sería un superbebé.

—Tampoco sería el rey de los tontos, eso te lo puedo garantizar.

—Tu inteligencia y la mía no se pueden comparar con la del profesor Maxwell y la de la doctora Geisler. Ellos poseen un cerebro privilegiado. Y el hijo que me den, también lo tendrá. Será el bebé más inteligente del mundo.

—Eso está por ver.

—¿Lo dudas, Marcia...?

—Sí, bastante. Lo del superbebé me parece una fantasía. Un proyecto más propio de una novela de ciencia ficción que de la vida real. Tú solo quieres experimentar con el profesor Maxwell y la doctora Geisler.

—¿Experimentar, dices...?

—Sí, para ti son como dos conejillos de Indias. Lo del superbebé es un capricho tuyo. Una idea que se te ha metido en la cabeza, y que quieres llevar a cabo como sea, sin pensar en nada ni en nadie. Y eso no está bien, Terence.

Los ojos del millonario brillaron peligrosamente.

—Así que lo desapruebas, ¿eh?

—Has secuestrado a dos personas, Terence. Dos prestigiosos científicos. Se sabía que iban a acudir al congreso de Nueva York, y la policía los buscará. Intervendrá incluso el FBI. No pararán hasta dar con ellos.

—Los buscarán en Nueva York, pero el profesor Maxwell y la doctora Geisler están en Boston.

—Los buscarán en todo el país, Terence. Y puede que también fuera de él. Son dos personas muy importantes, ¿no te das cuenta?

—¿Por qué crees que los elegí, estúpida?

La pelirroja le puso las manos sobre los hombros y se pegó a él

amorosamente.

—Olvida este absurdo proyecto, Terence, te lo ruego.

—¿Qué lo olvide...?

—Sí, deja en libertad al profesor Maxwell y a la doctora Geisler.

—¡No sabes lo que dices! —rugió el millonario, empujándola con violencia.

Marcia cayó al suelo, la bata se le abrió, y lo enseñó todo, porque no llevaba nada debajo. Sin cubrirse, la pelirroja insistió:

—No sigas adelante con esto, Terence, te lo suplico. Aún estás a tiempo. No ha pasado nada. Suelta a la pareja de científicos.

—Para que me denuncien a la policía, ¿no?

—Inyéctales la droga.

—¡No existe tal droga!

Marcia se estremeció.

—Así que yo estaba en lo cierto, ¿eh? —murmuró—. No piensas dejar en libertad a los científicos. Su cautiverio se prolongará hasta el día de su muerte...

—¡Exacto! —asintió Walker, y acto seguido abandonó la habitación, dejando encendida la pantalla de televisión.

CAPÍTULO XI

Glenn Maxwell y Karin Geisler fumaban sendos cigarrillos, tranquilamente sentados en el sofá de la antesala del dormitorio.

Bueno, su tranquilidad era relativa, puesto que hacía casi dos horas que habían terminado de cenar y se aproximaba el momento de irse a la cama.

Fingir que hacían el amor, iba a ser todo un trago. Especialmente, para la bióloga, cuyas mejillas se teñían de rubor cada vez que lo pensaba.

Glenn se daba cuenta y procuraba no hablar de ello, ni en voz alta ni en tono susurrante. Sin embargo, llegó el momento de abordar el tema, así que carraspeó y dijo:

—Es hora ya de acostamos, doctora Geisler.

La germana respingó.

—¿Tan pronto?

—No es pronto, es tarde.

Karin consultó su reloj.

—Caramba, cómo pasa el tiempo.

Glenn aplastó el resto de su cigarrillo en el cenicero que descansaba sobre la mesa y se puso en pie.

—Vamos, doctora.

Karin le imitó y pasaron los dos al dormitorio.

—Puede desvestirse en el baño, doctora Geisler —dijo Glenn.

—Sí, lo haré allí —respondió nerviosamente la bióloga, y fue hacia el armario, en busca de su camisón.

Era un sugestivo modelo en gasa negra, muy corto, con un pícaro pantaloncito que haga juego con él.

—Estará muy tentadora con eso, doctora —dijo Glenn, con una sonrisa.

Karin se ruborizó por enésima vez.

—Por favor, no lo diga o tendré que acostarme vestida.

—Disculpe, no era mi intención molestarla.

La hermana se mordió el labio inferior.

—Discúlpeme usted a mí, profesor Maxwell. Estoy muy nerviosa, eso es lo que pasa.

—Lo comprendo, no se preocupe.

—Creo que me daré una ducha, antes de acostarme.

—Le sentara bien.

Karin se introdujo en el cuarto de baño, sin sospechar que iba a ser observada por Terence Walker, gracias a la cámara instalada allí, de forma tan disimulada, que era prácticamente imposible descubrir su objetivo.

El millonario, en efecto, había cambiado la imagen que le ofrecía la pantalla de televisión, que era la del dormitorio, sustituyéndola por una panorámica completa del cuarto de baño.

—La doctora Geisler va a ducharse —dijo, sonriendo.

—Vas a disfrutar con el espectáculo, ¿eh? —rezongó Marcia Presley.

—Mucho.

—Como un vulgar mirón.

—¿Te molesta que contemple desnuda a la doctora?

—El baño es un lugar íntimo. No debiste instalar una cámara ahí. Es sucio.

—Cállate o te ganarás una bofetada.

—Está bien, goza con el involuntario «*striptease*» de la doctora Geisler —gruñó la pelirroja, y se alejó.

Walker siguió con los ojos fijos en la pantalla.

La bióloga se había despojado ya de la blusa y de la falda, en aquel momento se desprendía también del sucinto pantaloncito.

Al verla completamente desnuda, las pupilas del millonario brillaron lujuriosamente.

—Cómo está, la doctora... Envidio sinceramente al profesor Maxwell.

—Y yo envidio a la doctora Geisler —dijo Marcia, sin poderse contener.

Walker se volvió como picado por una serpiente.

—¿Qué has dicho...?

—A ti te gusta la doctora, ¿no? Pues a mí me gusta el profesor.

El millonario la apuntó con el dedo.

—Te la estás ganando, Marcia.

—Vuelve a mirar a la pantalla, Terence, o te perderás el espectáculo. Cuando se duche el profesor Maxwell, ya miraré yo.

—¡Cierra el pico, zorra! —rugió Walker, colérico.

La pelirroja rompió a reír.

—¡Estás celoso, Terence!

El millonario se puso en pie de un salto y corrió hacia ella.

Marcia se asustó.

—¡Detente, Terence!

—¡Te voy a dar una buena paliza, perra!

—¡No, por favor! ¡Sólo era una broma!

Walker la agarró del pelo con su mano izquierda y con la derecha empezó a abofetearla con dureza.

—¡Toma, maldita, toma!

—¡No me pegues, Terence! ¡Te lo suplico!

—¡Así aprenderás, golfa!

—¡Perdóname!

Walker siguió abofeteándola, hasta hacerla sangrar por la nariz y por la boca. Después, la tiró al suelo de un empujón y le atizó un puntapié en el trasero.

La pelirroja dio un grito.

—¡Eres un salvaje, Terence!

—¡Y tú una ramera!

—¡Te repito que sólo estaba bromeando! ¡Me molestó que elogiaras la belleza de la doctora Geisler y quise picarte diciendo que a mí me gustaba el profesor Maxwell!

—¡Y te gusta!

—¡No, a mí sólo me gustas tú!

—¡Mi dinero, eso es lo que te gusta!

Marcia sollozó.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo?

—¡Al diablo! —barbotó el millonario, y regresó junto a la pantalla.

Karin Geisler se hallaba ya debajo de la ducha, sintiendo deslizarse el agua por su cuerpo.

De haber sabido que Terence Walker la estaba observando, no se hubiera recreado tanto. Pero, como lo ignoraba, y además temía el momento de meterse en la cama con el apuesto profesor Maxwell,

permaneció bajo la ducha varios minutos, friccionándose suavemente el cuerpo.

Mientras tanto, Glenn se había desvestido, conservando únicamente el *slip*, y se había puesto su bata. Como intuía que la doctora Geisler tardaría en salir del baño, encendió otro cigarrillo y se sentó en un sillón.

Casi lo había consumido totalmente, cuando la puerta del baño se abrió y Karin apareció, luciendo ya el excitante camisoncillo negro, que solamente velaba sus espléndidas formas.

Glenn se puso lentamente en pie.

—¿Puedo decirle que está maravillosa, doctora Geisler, o se me enfadará otra vez?

La hermana sonrió nuevamente.

—Antes no me enfadé, profesor. Sólo me puse un poco más nerviosa de lo que ya estaba.

Glenn fue hacia ella, la cogió por los hombros, con delicadeza, y después la besó en los labios. Fue un beso corto, suave, cálido, como para infundirle ánimos.

Karin lo miró a los ojos.

—Me ha besado, profesor... —musitó.

—Deseaba hacerlo, doctora. Y le pido perdón, si la he molestado.

—En absoluto.

Glenn la rodeó con sus brazos y la besó de nuevo, más largamente y con más pasión que antes. Después, deslizó su boca hacia la oreja izquierda de la bióloga y susurró:

—No reaccione cuando oiga lo que voy a decirle, doctora. Y contésteme al oído, en voz muy baja, como le hablo yo.

—De acuerdo.

—Sospecho que hay algo más que micrófonos.

—¿Eh?

—Creo que Terence Walker nos está observando.

—¿Cámaras de televisión ocultas...?

—Es muy posible.

—Dios mío, entonces estamos perdidos...

—¿Por qué?

—No podremos engañar a Walker.

—Claro que lo engañaremos. Nuestros cuerpos estarán ocultos

bajo la sábana, no podrá ver si hay unión sexual o no.

Pero creerá que sí, porque lo parecerá. Podemos ser tan buenos actores como Walker y su pelirroja.

—No sé.

—Usted déjeme hacer a mí, doctora, y sígame la corriente.

—De acuerdo.

Glenn retiró su boca de la oreja de Karin y volvió a besarla en los labios, tan apasionadamente como antes. Luego, y ya en voz alta, dijo:

—Deseo hacer el amor con usted, doctora Geisler. Y no porque lo ordenara el señor Walker, sino porque es usted la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida.

—Yo también deseo hacer el amor con usted, profesor Maxwell. Es un hombre muy atractivo. Es, además, valiente y decidido. Peleó por mí, y le estoy muy agradecida.

Glenn sonrió, le pasó el brazo por los hombros, y la llevó hacia la cama.

—Vamos, doctora.

CAPÍTULO XII

Terence Walker se puso tan contento al ver y oír lo que vio y lo que oyó, que hasta se olvidó de su reciente discusión con Marcia Presley y de los golpes que le había dado.

—¡Van a hacer el amor, Marcia! —exclamó—. ¡Lo desean los dos!

—Enhorabuena —rezongó la pelirroja, que tenía las mejillas coloradas y los pómulos ligeramente hinchados, a causa de las bofetadas.

—¡Ven, siéntate a mi lado!

—No puedo sentarme, me duele el trasero.

—¿El trasero...?

—¿Has olvidado ya que me atizaste un feroz puntapié?
El millonario tosió.

—Perdóname, Marcia. Cuando estoy furioso, no sé lo que hago. Ni lo que digo. No soy dueño de mis actos.

—Ya.

—Anda, ven, por favor. Quiero que veas cómo el profesor Maxwell y la doctora Geisler encargan el superbebé.

—No esperes que hagan filigranas.

Walker rió.

—¡Quién sabe!

Marcia fue hacia él, masajeándose el trasero, y se sentó a su lado.

No podía negarse.

Sin embargo, no le perdonaba las bofetadas, el puntapié, ni los insultos. Le había llamado de todo y se sentía muy herida.

Walker la abrazó, le dio un beso, y empezó a acariciarle los muslos, totalmente al descubierto.

—Presta atención a la pantalla, nena.

Marcia ya lo estaba haciendo, pero no era mucho lo que veía.

Glenn se había despojado de la bata y se había metido en la cama, con Karin, a la que besaba y acariciaba, pero debajo de la sábana los dos.

—Me temo que vas a ver muy poco, Terence —dijo la pelirroja, alegrándose.

—La sábana se irá para abajo, ya verás.

—O para arriba, y los cubrirá cabeza y todo.

—No digas tonterías —gruñó el millonario.

Pasaban los segundos y la sábana no se iba para abajo, porque Glenn se preocupaba más de eso que de ninguna otra cosa, aunque no lo pareciese.

—Voy a bajarle el camisón, doctora —susurró al oído de la germana.

—¿Qué? —Respingó ligeramente ella.

—Tenemos que darle realismo a la cosa, por si nos están observando, como sospechamos.

—Está bien, hágalo —autorizó Karin, empleando el mismo tono quedo.

Glenn le deslizó el camisón por los hombros y descubrió sus senos.

Se los acarició y se los besó, obligándola a estremecerse de placer.

Karin cerró los ojos y emitió un gemido.

—Profesor...

Glenn volvió a besarla en los labios y después le murmuró al oído:

—Lo está haciendo muy bien, doctora.

—Usted sí que lo está haciendo bien, profesor —repuso la bióloga.

—Tenemos que continuar.

—Adelante.

Glenn le besó de nuevo los pechos, al tiempo que la despojaba del pícaro pantaloncito de gasa negra.

Karin estuvo a punto de gritar, pero se contuvo.

Tenía que dejar hacer al físico y seguirle la corriente, se había comprometido a ello.

Glenn sacó la mano de debajo de la sábana y dejó caer el pantaloncito al suelo, sin prisas, porque le interesaba que se viera lo

que hacía.

Y Terence y Marcia lo vieron, claro.

—Están decididos a encargar el superbebé, no hay duda —dijo el millonario, sonriente.

—¿Por qué no apagamos la pantalla, nos acostamos, y encargamos nosotros un superidiota? —sugirió la pelirroja.

Walker la miró.

—Eso no ha tenido ninguna gracia, Marcia.

—Lo siento, pero estamos perdiendo tontamente el tiempo. Querías saber si los científicos hacían el amor, ¿no?

—Sí.

—Pues ya lo están haciendo, así que apaga la pantalla y vámonos a dormir.

—Cuando acaben.

—No esperes ver más de lo que ya has visto, Terence, porque la sábana no bajará. Parece que el profesor la tiene pegada a su espalda.

—Es verdad —rezongó Walker—. Cuando tú y yo hacemos el amor, no nos preocupamos de taparnos.

—Somos menos vergonzosos.

—Eso será.

Marcia lo cogió del brazo.

—Vámonos a la cama, Terence. Esto está visto ya para sentencia. Te has salido con la tuya, tendrás tu superbebé. O lo que salga de ahí.

El millonario soltó una risita.

—De acuerdo, preciosa.

Se levantaron, Walker apagó la pantalla, y se fueron a la cama.

Marcia tenía un plan.

Pero, hasta que Terence no se durmiera profundamente, no podría llevarlo a cabo. De ahí sus prisas por llevarlo a la cama.

Glenn Maxwell y Karin Geisler habían terminado ya su fingida unión íntima, pero seguían abrazados, acariciándose mutuamente.

—Ha sido maravilloso, ¿verdad, doctora? —preguntó el físico en voz alta.

—Desde luego —respondió la bióloga, disimulando a duras penas su excitación.

Y es que habían jugado a un juego muy peligroso, porque los

sentidos no entendían de simulaciones, y el contacto de sus cuerpos desnudos, los besos, y las caricias, habían despertado un deseo real en Karin.

Lo mismo le sucedía a Glenn.

Por su gusto, hubiera hecho el amor de verdad con la bióloga, pero las circunstancias... Con los ojos parecieron confesárselo mutuamente.

Glenn acercó su rostro al de ella y le musitó al oído:

—No ha sido maravilloso, ¿verdad, doctora?

—No, ha sido terrible.

—También para mí, se lo aseguro. Después de besarla y acariciarla, sentí deseos de poseerla de verdad.

—Y yo pensé que iba a hacerlo.

—Me reprimí porque no quería que pensara usted que me aprovechaba de las circunstancias.

—No lo hubiera pensado, se lo aseguro, porque yo sentía lo mismo que usted, profesor Maxwell.

—¿De veras?

—Sí, no me avergüenza confesarlo. Me gustó que me besara, que me acariciara, y... Bueno, me hubiera gustado también que la cosa acabara debidamente.

Glenn le deslizó la mano por la espalda, por la cadera, por los muslos.

—Aún estamos a tiempo, doctora.

—Profesor... —musitó Karin, estremeciéndose.

Glenn la besó y confesó:

—Me gusta usted, doctora Geisler.

—Y usted a mí, profesor Maxwell.

Unieron de nuevo sus bocas, con ardor.

Poco después, unían también sus cuerpos.

Y, esta vez, de verdad.

Terence Walker se había dormido ya.

Profundamente, como deseaba Marcia Presley.

Ella se había encargado de agotarle con su formidable cuerpo y su pasión, hasta el punto de que, más que dormido, el millonario parecía hallarse en coma.

Marcia se dijo que había llegado el momento de poner en marcha su plan, y se deslizó fuera de la cama, completamente

desnuda. Atrapó su bata y se la enfundó.

Después, metió los pies en sus zapatillas y rodeó la cama, alcanzando la mesilla de noche de Terence. Abrió silenciosamente el cajón y tomó el revólver del millonario, guardándoselo en el bolsillo derecho de la bata.

Luego, cerró lentamente el cajón y caminó hacia la puerta.

Antes de salir de las habitaciones de Terence Walker, se abrió un poco la bata, para que quedaran visibles sus rotundos pechos y sus esculturales piernas.

Y así, mostrándolo casi todo, abrió la puerta y salió al corredor.

Frente a las habitaciones que ocupaban el profesor Maxwell y la doctora Geisler, montaban guardia Gurney y el tipo que pilotara la avioneta.

Seguían portando las modernas metralletas, pero ello no hizo desistir a Marcia. Estaba decidida a ayudar a la pareja de científicos, y no se iba a volver atrás.

Los tipos ya habían clavado sus ojos en ella.

Marcia sonrió y caminó hacia ellos, moviendo deliberadamente las caderas, para excitarlos aún más.

Y es que da eso dependía que su plan saliera bien o fracasara.

Y si fracasaba...

La pelirroja no quería ni pensarlo.

CAPÍTULO XIII

Gurney y el otro tipo, que se llamaba Boyd, parecían sorprendidos de ver pasearse así por el corredor, exhibiendo casi todos sus encantos, a la amiguita de Terence Walker.

Sin embargo, no lo lamentaban en absoluto, porque Marcia Presley era un regalo para la vista. Además, estar de guardia siempre resultaba monótono y aburrido, y la presencia de la explosiva pelirroja, aunque fuera breve, serviría para distraerles y hacerles pensar en cosas agradables.

Marcia se detuvo frente a ellos y se puso las manos en las caderas, al tiempo que llenaba sus pulmones de aire, para aumentar su perímetro pectoral, ya de por sí importante.

—Hola, chicos —dijo, con una descarada sonrisa.

Gurney y Boyd no respondieron, porque se habían quedado bobos mirando el sensacional busto de la pelirroja, casi totalmente visible, al llevar tan abierta la bata.

—El señor Walker se ha dormido, pero yo no tengo sueño —prosiguió Marcia—. Me aburría en la cama, sin nadie que me besara y acariciara mi cuerpo joven y ardiente, siempre ávido de emociones fuertes, de pasión desenfadada, de acción de la buena.

Gurney y Boyd continuaron callados.

Notaban la boca seca, después de las palabras de la pelirroja, pues parecía una invitación a disfrutar de su cuerpo. Más aún: una descarada proposición.

Y por si quedaba alguna duda, Marcia sugirió:

—¿Por qué no dejáis las metralletas en el suelo y os ocupáis un poco de mí, muchachos...? El señor Walker nunca lo sabrá, porque yo, por la cuenta que me tiene, no se lo diré.

Gurney y Boyd cambiaron una mirada.

Les asustaba un poco divertirse con la amiguita de Terence Walker, pero la tentación era tan fuerte, que dejaron las metralletas

en el suelo.

Cuando se irguieron, Marcia ya tenía en la diestra el revólver del millonario y les apuntaba con él.

—Retroceded unos pasos, vamos —ordenó.

Gurney y Boyd se habían quedado paralizados por la sorpresa.

—¿Qué significa esto...? —preguntó el primero.

—No hagáis preguntas y obedeced.

Los tipos retrocedieron un par de metros, quedando las metralletas fuera de su alcance.

—Muy bien. Ahora, poneos cara a la pared, de rodillas, y con las manos apoyadas en ella, bien separadas —indicó Marcia.

Gurney y Boyd no tuvieron más remedio que obedecer.

Marcia se aproximó a ellos, con precaución, y le dio un fuerte golpe en la cabeza a Boyd, con el revólver.

El tipo emitió un gemido y se desplomó, sin conocimiento.

Gurney se movió, pero Marcia le apuntó velozmente con su arma y preguntó:

—¿Prefieres una bala en el pecho, en vez de un chichón en el cráneo?

Gurney apretó los dientes.

—No, me quedo con el chichón.

—Bien —sonrió la pelirroja—. Cierra los ojos, Gurney.

El tipo obedeció.

Marcia le atizó con la pistola y lo dejó inconsciente, como a Boyd.

Después, recogió las metralletas y abrió la puerta de las habitaciones en donde permanecían encerrados el profesor Maxwell y la doctora Geisler, colándose rápidamente en ellas.

Cerró la puerta y corrió hacia el dormitorio.

Glenn y Karin se habían dormido ya, por lo que no vieron entrar a la pelirroja.

Marcia los zarandeó a los dos.

—¡Vamos, despierten!

El físico y la bióloga abrieron los ojos de golpe, sobresaltados.

Al ver a la amigueta de Terence Walker, con un par de metralletas bajo el brazo, y un revólver en la diestra, se quedaron los dos perplejos.

—¡Vístanse, deprisa! —ordenó Marcia—. ¡Voy a ayudarles a

escapar!

—¿De veras...? —exclamó Karin, sin poderlo creer.

—Terence Walker no piensa dejarlos en libertad jamás —reveló la pelirroja—. Lo de la droga que debía borrar de sus cerebros lo ocurrido en esta casa, es un cuento. No existe tal droga. Su cautiverio se prolongaría eternamente, hasta su muerte. El señor Walker no pararía de experimentar con ustedes. Está loco.

—¿Por qué quiere ayudarnos, Marcia? —preguntó Glenn.

—Terence me abofeteó duramente, me insultó, y hasta me atizó un puntapié en el trasero. Y todo porque le dije que desaprobaba lo que estaba haciendo con ustedes. Que lo del superbebé era una chifladura suya, una idea absurda. Hay cámaras de televisión ocultas en estas habitaciones. Incluso en el cuarto de baño.

Karin respingó.

—¿También en el baño...?

—Sí, Terence vio cómo se duchaba usted, doctora Geisler. Y disfrutó con el espectáculo. Es un sucio mirón. Después, vio cómo hacían ustedes el amor. Eso le dejó muy satisfecho. Ahora, duerme como un leño. No puede ver lo que está pasando aquí. Ni oír lo que hablamos. Tenemos que aprovechar la noche para huir de esta casa. He dejado inconscientes a los dos hombres que montaban guardia en el corredor, pero no tardarán en despertar, así que tenemos que darnos prisa o no lograremos nuestro propósito. Glenn apartó la sábana y saltó de la cama, en *slip*.

—¡Rápido, doctora Geisler! —apremió—. ¡No podemos perder un solo segundo!

Karin brincó también del lecho, en camisón, pero sin el pantaloncito, que seguía en el suelo.

Se vistieron los dos con rapidez.

Glenn acabó antes, porque Karin tuvo que ir al baño, ya que sus ropas continuaban allí. Naturalmente, se olvidaron de sus equipajes.

No podían perder tiempo haciendo las maletas.

En lo único que debían pensar, era en escapar de aquella maldita casa y ponerse en contacto con la policía. Los agentes de la ley se encargarían de recuperar sus cosas, cuando arrestasen a Terence Walker y sus hombres.

Marcia le entregó una de las metralletas al físico.

—Tenga esto, profesor Maxwell. Puede hacerle falta.

—Si es necesario usarla, no dude de que lo haré —respondió Glenn.

—Estoy segura de ello. ¿Quiere usted la otra, doctora Geisler, o prefiere la pistola?

—La pistola, Marcia —eligió la bióloga.

—Tenga. La metralleta, para mí. Y digo lo mismo que el profesor Maxwell. Si tengo necesidad de usarla, lo haré sin dudar. Mi vida está en peligro, y sé que la perderé si los hombres de Walker nos atrapan. A mí no me necesita Terence con vida, no puedo traer al mundo superbebés —sonrió la pelirroja, con ironía.

—Vamos, en marcha —dijo Glenn.

Abandonaron los tres el dormitorio, cruzaron la otra habitación, y salieron al corredor. Gurney y Boyd seguían tirados en el suelo, sin conocimiento.

Glenn, Karin y Marcia avanzaron silenciosamente por el corredor, camino de la escalera. Casi la había alcanzado ya, cuando Boyd volvió en sí y levantó la cabeza, descubriendo a la pareja de científicos y a la amiguita de Terence Walker.

—Perra... —rezongó, y se llevó la mano a la axila.

Justo en ese momento, Glenn volvía la cabeza.

—¡Cuidado! —gritó, al ver que Boyd había despertado y extraía una pistola.

Se revolvió con rapidez y accionó la metralleta.

La ráfaga alcanzó a Boyd, obligándole a soltar la pistola, entre aullidos de muerte. Desgraciadamente, la ráfaga de metralla hizo algo más que eliminar a Boyd, ya que el ensordecedor ruido despertó a Gurney, a Terence Walker, y al resto de los hombres que dormían.

Y a los que no dormían como era el caso de los que vigilaban la casa, desde el exterior, los puso en guardia.

Gurney extrajo velozmente su pistola, pero no llegó a usarla, porque Marcia apretó el disparador de su metralleta y le envió una lluvia de balas.

Algunas se incrustaron en el cuerpo de Gurney, causándole una muerte fulminante.

—¡Corramos! —gritó Glenn.

Se lanzaron los tres escaleras abajo.

Terence Walker salió de sus habitaciones, envuelto en una bata y

descalzo.

—¿Qué diablos está pasando aquí...? —rugió.

Frankie Ross también había abandonado su habitación, cubierto sólo con el *slip* y con su *Parabellum* en la diestra.

—¡No lo sé, señor Walker!

—¡Gurney y Boyd están muertos! —gritó Ashton, que empuñaba su Luger e iba en *slip*, como Frankie.

Otro que había visto interrumpido su sueño, era Yorkin, que había aparecido igualmente en *slip* y esgrimiendo su Super-Star.

Duke era uno de los hombres que vigilaban los alrededores de la casa. Había extraído su Smith Wesson y ya corría hacia la puerta de la casa, junto con otros dos tipos, armados con metralletas.

Justo en el instante en que Glenn, Karin y Marcia alcanzaban el lujoso vestíbulo, Duke y los otros dos hombres entraban en la casa, descubriéndose mutuamente.

El físico, la bióloga y la pelirroja dispararon primero, y eso les salvó la vida, porque los hombres de Walker también pensaban darle al gatillo.

Duke y los otros dos tipos se derrumbaron entre alaridos, salpicando de sangre el brillante suelo del vestíbulo.

Todavía no se había extinguido el eco de los disparos, cuando Ross, Ashton y Yorkin aparecieron en lo alto de la escalera.

Por fortuna, Glenn los descubrió a tiempo e hizo tronar de nuevo su metralleta. Marcia y Karin se revolvieron y dispararon también hacia lo alto de la escalera.

Ross, Ashton y Yorkin rodaron por los escalones, sin vida, porque tenían varios plomos en el cuerpo cada uno.

Tras ellos, había surgido Terence Walker.

El millonario no iba armado.

Y eso le salvó, porque Glenn, Karin y Marcia se limitaron a apuntarle con sus armas.

—¡No se mueva, Walker! —ordenó el físico—. ¡No se mueva o lo acribillamos, como a sus hombres!

EPÍLOGO

No quedaban más hombres en la casa, ni dentro ni fuera de ella.

Todos habían muerto, excepto Terence Walker, de quién se hizo cargo la policía de Boston, que acudió a los pocos minutos de haber concluido el tiroteo, avisada por Marcia Presley.

Bastó una simple llamada telefónica.

Luego, Glenn Maxwell, Karin Geisler, y la propia Marcia, informaron con todo detalle a los agentes de la ley. El físico rogó al teniente que los mandaba que no se divulgara lo sucedido, ya que si los medios informativos aireaban lo del superbebé, otros chiflados podían intentar lo mismo que Terence Walker y los científicos de todo el mundo estarían en peligro.

Había que mantener en secreto el descabellado proyecto de Terence Walker, para evitar riesgos. Los policías estuvieron de acuerdo y prometieron que nadie sabría nada de lo del superbebé.

Glenn y Karin hicieron las maletas.

También Marcia recogió sus cosas, después de vestirse, y abandonaron los tres la casa, acompañados por los agentes de la ley.

Después de despedirse de Marcia, agradeciéndole lo que había hecho por ellos, Glenn y Karin se instalaron en un hotel de Boston, ya que no podrían regresar a Nueva York hasta por la mañana.

De común acuerdo, el físico y la bióloga tomaron una sola habitación.

Deseaban acabar de pasar la noche juntos, en una misma cama, el uno en brazos del otro.

Volvieron a hacer el amor, claro.

Después, Glenn dijo:

—Creo que deberíamos unir nuestras vidas, doctora Geisler.

—¿Casamos, quiere decir...?

—Sí. ¿Qué le parece la idea?

—Puede resultar.

—De una alemana guapa y un americano apuesto, pueden salir muchas cosas buenas.

—¿Un superbebé, por ejemplo...?

Se echaron a reír los dos.

—Tendremos hijos normales, Karin. Y yo me conformo con eso.

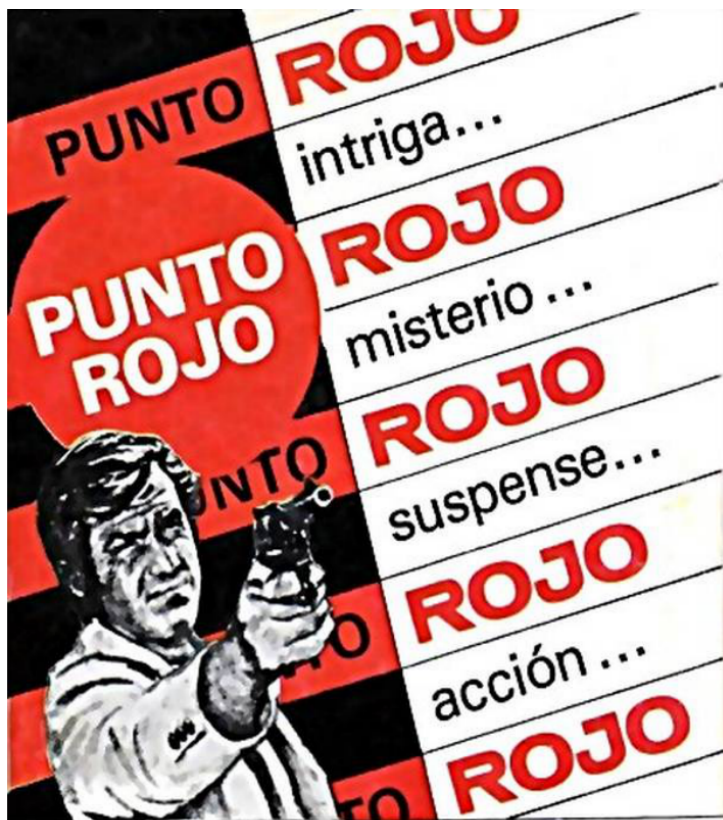
—También yo, Glenn.

Volvieron a besarse.

Amorosamente.

Se querían, habían unido sus cuerpos íntimamente, y era lógico que desearan unir también sus vidas para siempre.

FIN



9 788402 025135

01720



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.**

Impreso en España

